



**Historias olímpicas: Narraciones, sueños y esperanzas**

**María Camila Gutiérrez Delgado**

**Trabajo de grado para optar por el título de Comunicadora social con énfasis en periodismo**

**Director: Juan Carlos Piedrahíta Betancourt**

**Pontificia Universidad Javeriana**

**Comunicación y lenguaje**

**Comunicación social**

**Bogotá – 2017**

## **Artículo 23 del Reglamento**

**“La Universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por los alumnos en sus trabajos de grado, solo velará porque no se publique nada contrario al dogma y la moral católicos y porque el trabajo no contenga ataques y polémicas puramente personales, antes bien, se vean en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia”.**

## **Agradecimientos**

Gracias a Dios, por guiarme por el camino correcto.

Gracias a mis papás, a mis hermanos y a mi tío por su apoyo incondicional, por la confianza que me brindan a diario para poder cumplir mis metas.

Gracias a Juan Carlos Piedrahíta, por haberme acompañado en este proceso, por su paciencia y por su interés en ayudarme a crecer como persona y como profesional.

Gracias a Jaime Ariza, por su colaboración para llevar a cabo la producción del libro.

Gracias a Danilo Caro, Andrey Quintero, Rodrigo Díaz, Víctor Ortega y Angie Orjuela por compartir conmigo sus historias, por haber hecho posible la realización del contenido de mi primer libro... ¡Gracias! Gracias por luchar a diario para dejar el nombre de Colombia en alto.

## **Tabla de contenido**

Introducción.....	12
Capítulo 1: Influencia del deporte en la construcción de la sociedad.....	16
Capítulo 2: Historia de los Juegos Olímpicos.....	32
Capítulo 3: Participación de Colombia en los Juegos Olímpicos.....	47
Capítulo 4: Perfil periodístico como propuesta narrativa.....	53
Conclusiones.....	61
Bibliografía.....	68
Anexos.....	71

## Introducción

Uno de los principales propósitos de este trabajo de grado es demostrar que la grandeza de un deportista olímpico no depende de ganar una medalla. Los colombianos que han representado al país en ese encuentro deportivo y aún no han subido al podio también merecen ser reconocidos. Sus historias, de igual forma, son dignas de narrar.

La pasión que siento por el deporte fue una de las razones que motivó la realización de este trabajo. Desde mis estudios en el colegio he sentido un gusto especial por analizar la situación actual de las actividades deportivas en Colombia.

El proceso de elaboración de este proyecto de investigación comenzó antes de que se iniciaran los Juegos Olímpicos de Río, 2016. La página oficial del Comité Olímpico Colombiano anunció que 147 deportistas habían clasificado a esa versión de los Juegos, el número más alto para el país desde la primera vez que participó en ese encuentro deportivo. A partir de esta cifra surgió en primera instancia el interés de narrar las historias de cinco atletas que obtuvieran medalla en Río.

Sin embargo, el papel que desempeñaron los medios de comunicación colombianos frente a los Olímpicos que se llevaron a cabo en Brasil, solo estuvo enfocado en quienes lograron subir al podio. Existió poca diversidad de historias en el discurso de los medios y tampoco hubo variedad respecto a los géneros periodísticos para llevar a cabo el cubrimiento de ese evento deportivo.

Cada cuatro años al finalizar las Olimpiadas es común ver, escuchar o leer el discurso de los medios enfocado en quienes obtuvieron una medalla o estuvieron muy cerca de alcanzarla. Por esta razón es que deportistas como Óscar Figueroa, Mariana Pajón, Yuri Alvear, Caterine Ibargüen y Rigoberto Urán han ocupado gran parte de la información mediática.

Además, existe un peso excesivo de la noticia en el cubrimiento. Prevalecen las notas periodísticas que dan a conocer el rendimiento deportivo de quienes representaron al país. La identificación de esta problemática creó un nuevo interés, diferente al que se había planteado en primera instancia, para desarrollar este proyecto de investigación. A partir de las ideas expuestas fue posible entender que también sería valioso narrar los testimonios y experiencias de los deportistas en quienes no se enfocan los medios de comunicación tradicionales: aquellos que no han ganado una medalla.

De esta manera se estableció el objetivo principal de identificar una nueva perspectiva de la participación de Colombia en los Olímpicos, explorando las historias de cinco deportistas que han representado al país y aún no han logrado estar en el podio.

El primer capítulo del trabajo es acerca del papel que ha desarrollado el deporte en la construcción de la sociedad. En este fragmento se explica cómo las prácticas deportivas han adquirido importancia mundial y de qué forma han desarrollado en sus practicantes un ideal de progreso.

Para entender la importancia de los Juegos Olímpicos fue necesario describir su historia, la cual conforma el segundo capítulo. En él se exponen cuáles eran las características fundamentales con las que se inició ese certamen, organizado por primera vez por los antiguos griegos en la ciudad de Olimpia.

El tercer capítulo está enfatizado en cómo ha sido la participación de Colombia en los Olímpicos. A través de este se hace un recorrido histórico de la representación del país desde el año 1932, la primera ocasión en la que un deportista colombiano compitió en ese evento.

El último capítulo abarca la definición de Nuevo Periodismo y sus aportes a diferentes géneros periodísticos. De esta forma, se explica en qué consiste el perfil como propuesta narrativa y cuáles son sus principales objetivos y características.

Los temas que se abordaron en el marco teórico permitieron tener una investigación sólida para establecer las preguntas que se le realizaron a cada deportista. Además, esa información también se complementó con una indagación previa respecto al deporte que cada uno practica.

Para escoger a los cinco deportistas que hacen parte de este trabajo se tuvieron en cuenta tres condiciones: que en la actualidad continúen practicando su deporte, que cada disciplina fuera diferente, que hayan representado al país en los Juegos Olímpicos y no hayan obtenido una medalla.

La inasistencia del Comité Olímpico Colombiano dificultó en primera instancia el contacto con los personajes. Sin embargo, se logró obtener un primer acercamiento con cada uno de ellos gracias a la ayuda de las Federaciones de Tiro, Ecuestre, Atletismo, Natación y Vela y mediante Facebook.

Los viajes que realizan los deportistas debido a las competencias en otras ciudades o países complicaron, en algunas ocasiones, el establecimiento de una fecha para realizar las entrevistas. Por este motivo, con algunos de los protagonistas fue necesario posponer varias veces el encuentro para efectuar el trabajo de campo.

La investigación que se llevó a cabo en el marco teórico; las entrevistas con los deportistas; las conversaciones con amigos, familiares y sus entrenadores; y el acompañamiento a diferentes actividades diarias, entre ellas competencias y entrenamientos, permitieron elaborar los perfiles periodísticos.

Los perfiles se encuentran recopilados en un libro como producto final. El tirador Danilo Caro, el jinete Rodrigo Díaz, la atleta Angie Orjuela, el velerista Andrey Quintero y el clavadista Víctor Hugo Ortega son los protagonistas de las historias del libro.

Con el producto se busca mostrarle al público cada uno de los cinco personajes más allá de su desempeño. Sus emociones, sus sentimientos, su forma de actuar y de expresarse se materializan en los perfiles a través de descripciones detalladas, escenas y frases contundentes.

La paciencia y el interés de los deportistas para realizar las explicaciones, responder las preguntas, facilitar el acceso a los lugares que fueran necesarios y lograr el acercamiento a otras fuentes para ampliar la información fueron indispensables para consolidar este trabajo.



## Capítulo I

### Influencia del deporte en la construcción de la sociedad

Durante la Edad Media el término *deporte* no tenía un significado preciso en cuanto abarcaba diferentes formas de diversión y actividades que no presentaban ningún rasgo en común. Sin embargo, durante el siglo XVIII se convirtió en una expresión más especializada: representaba un tipo de pasatiempos que, en un principio, empezó a desarrollarse entre caballeros y aristócratas dueños de tierras. Además, esos pasatiempos tenían un punto en común: la tensión-emoción que implicaba una contienda, que permitía además despertar el gozo entre participantes y espectadores.

Desde mediados del siglo XIX y principios del XX, los pasatiempos con características de deportes empezaron a extenderse desde Inglaterra hacia otros países. Lucha libre, tenis, boxeo, remo, críquet y atletismo son ejemplos de las actividades de desempeño físico que propagaron su impacto.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, los deportes ya designaban el conjunto de pasatiempos ingleses que fueron asimilados por otros países. De acuerdo con Norbert Elias,

Los pasatiempos aristocráticos o <<de sociedad>>, que dominaron el significado de la palabra <<deporte>> en la propia Inglaterra (...) se extendieron a otros países y allí fueron adoptados por las élites sociales correspondientes, antes de que modalidades deportivas más populares como el fútbol desarrollaran las características de deportes, fuesen percibidas como tales en Inglaterra y se difundieran así a otros países, como pasatiempos de grupos de la clase media obrera. (Elias y Dunning, 1992, p. 158)

Es así como el término *deporte* se utilizaba para referirse a pasatiempos, a las formas como los ingleses ocupaban el tiempo libre. Con el transcurso de los años, el concepto se generalizó en cuanto empezó a designar formas de recreación, dentro de las que era indispensable el papel que ocupaba el ejercicio físico.

Este concepto de deporte que se utilizó a finales del siglo XIX, también estaba asociado a metas definidas en el ámbito de reglamentaciones federativas. La práctica de esos pasatiempos estaba centrada en una preparación sistematizada y dirigida al alcance de determinados logros. En esa práctica, también se debían incluir valores como espíritu comunitario y solidaridad, los cuales se complementaban con otros elementos como diversión y competitividad.

Según Norbert Elias, sociólogo judío-alemán cuyo trabajo se centró en la relación entre comportamiento, poder, emoción y conocimiento, “parece razonable suponer que la transformación de la manera en que las personas empleaban su tiempo libre fuese de la mano con la transformación de la forma en que esas personas trabajaban.” (Elias y Dunning, 1992, p. 185). La industrialización y la urbanización desarrollaron un papel determinante en la manera como se ocupó el tiempo libre durante el siglo XIX ya que estuvo ligada a los deportes.

Tanto la industrialización como la urbanización fueron evidencias fundamentales de un proceso de transformación que se estaba llevando a cabo dentro de las sociedades europeas. Además, esa transformación exigía que el comportamiento de los individuos tuviera mayor regularidad.

El código de normas de los deportes se hacía cada vez más eficiente. La limpieza del juego, la igualdad de oportunidades para ganar, la existencia de reglas más precisas y la supervisión de su cumplimiento forjaron una nueva mentalidad: “(...) los juegos de competición con ejercicio físico llegaron a un nivel de ordenamiento y de autodisciplina por parte de los jugadores nunca antes alcanzado.” (Elias y Dunning, 1992, p. 186).

En las sociedades altamente industrializadas, el deporte desarrolló otra función: brindar la oportunidad de realizar ejercicio físico a una población con un gran número de ocupaciones sedentarias.

El deporte les regresó a las personas de la sociedad industrial su carácter humano. “En el ámbito industrial donde la persona se reduce a una cosa, a una rueda suelta anónima e intercambiable (...) el deporte es una posibilidad donde se puede recibir reconocimiento y respeto como tal.” (Adarme, 2004, p. 31).

Debido a que los individuos encontraron en el ejercicio físico una forma de distraerse de sus ocupaciones sedentarias, era necesario que las personas estuvieran en la capacidad de controlar sus impulsos afectivos y emocionales. Esto quiere decir que el éxito social en esas sociedades industrializadas dependía, en cierto punto, de un autocontrol individual.

La actividad económica impulsada por la industrialización necesitaba de paz social. Por esta razón, el Estado moderno monopolizó el uso exclusivo de la violencia. Teniendo en cuenta las transformaciones que estaban surgiendo debido al desarrollo de la industrialización, “las costumbres y tradiciones populares, los juegos y las competiciones especialmente violentas fueron progresivamente normativizados y legislados; divulgándose así, a través de los pasatiempos populares, la necesidad de acatar y respetar la justicia establecida.” (García, Puig, Otero, Durán, Ispizua, Latiesa y Martínez, 1998, p.80).

De acuerdo con Norbert Elias la *deportivización*, entendida como el proceso mediante el cual los juegos y ejercicios físicos que surgieron en Inglaterra se extendieron a otras sociedades, significó un empuje civilizador: los deportes también empezaron a crear una mentalidad de ordenamiento en los individuos. La caza de zorros inglesa es uno de los ejemplos de pasatiempos

del siglo XVIII que contaban con características de *deporte* y que significaron un empuje civilizador.

Los primeros estilos de la caza de zorros inglesa abordaban muy pocas restricciones. Se utilizaban las armas más adecuadas y las personas disfrutaban cazando, matando y comiendo animales.

Durante el siglo XVIII y principios del XIX, cambiaron los papeles principales en la caza y sus practicantes impusieron restricciones: ya no era permitido utilizar ningún tipo de arma y los mastines empezaron a tomar el papel principal.

Con el rol protagónico de los mastines, los hombres se limitaron a participar con un papel secundario, es decir, como seguidores, observadores o controladores de los perros. Ya no eran los hombres sino los perros los encargados de llevar a cabo la persecución y la función de matar zorros. Es así como el placer que generaba la caza de zorros se convirtió en un placer visual, el agrado que sentían los hombres ya no estaba derivado del hacer sino del ver.

La transformación de los pasatiempos practicados por las clases altas de Inglaterra durante el siglo XVIII estuvo acompañada de la comercialización y de la pacificación, que aumentó esa necesidad de autoimponerse restricciones. Estos dos aspectos exigieron una mayor reglamentación en el comportamiento de los individuos. Además, esa reglamentación no solo se realizó por controles externos, sino también por controles internos que los individuos se aplicaban a sí mismos para mantener una conducta personal adecuada.

La tendencia a crear una reglamentación mayor dentro de la sociedad originó un sentimiento de monotonía en la vida misma. La práctica de actividades que podían generar emociones fuertes perdió protagonismo. Por consiguiente, surgió un problema: En una sociedad en donde aumentó

la reglamentación, ¿cómo brindarle a sus miembros momentos con los que se pudiera sentir emoción sin promover el desorden y sin causarle daño a otras personas de la sociedad? Una de las soluciones a este problema fue la consolidación de los deportes.

La modalidad inglesa de la caza de zorros por lo tanto representa un ejemplo de esos pasatiempos que fueron desarrollados para generar emoción en la sociedad sin correr el riesgo de causar desorden. Esta modalidad también muestra que los seres humanos aprendieron a organizarse para equilibrar las fuerzas y, de esta forma, liberar la tensión necesaria que genera placer y emoción.

El fortalecimiento de normas que regulaban la vida de las personas, la formación de conciencia, la seguridad y estabilidad en las relaciones recíprocas redujeron las posibilidades de sentir emociones agradables. De esta forma, el deporte brindó un nuevo equilibrio entre placer y restricción, en cuanto creó una manera de brindar emoción mientras se reducía la posibilidad de causarles graves daños a las otras personas.

De esta forma, en la medida en que las sociedades preindustriales se fueron transformando, las prácticas de actividades deportivas también desarrollaron cambios que las llevaron a convertirse en un sistema deportivo mucho más complejo. El deporte moderno, el cual surgió con las transformaciones que generó el desarrollo de las sociedades industriales, acompañó los procesos de modernización.

A diferencia de las prácticas deportivas que se llevaron a cabo antes de la industrialización, el deporte moderno presenta, aparte de la búsqueda del éxito, “rasgos como: secularización y especialización de papeles.” (Adarme, 2004, p. 42).

Los pueblos primitivos realizaban diferentes ceremonias religiosas en las que también se incluían actividades como concursos de carreras, saltos, lucha y lanzamientos de peso. Los Juegos Olímpicos antiguos, celebrados en Olimpia y Delfos, eran festivales sagrados que representaban para los helenos uno de los aspectos más importantes de su vida religiosa.

Gracias al desarrollo de actividades y competiciones con características modernas, el deporte se desvinculó de la religión. Es necesario tener en cuenta que, a pesar de esa secularización, aún siguen existiendo vestigios religiosos como el acto de arrodillarse, el cual muchos deportistas llevan a cabo para celebrar una victoria o para adquirir seguridad antes de iniciar una competición.

La figuración social que surgió con la industrialización en Inglaterra generó formas de participación deportiva centradas en la búsqueda del éxito en el deporte. Antes de la Revolución Industrial, existían pocas presiones en la sociedad respecto al alcance del éxito y de logros.

La figuración social de Inglaterra, antes del desarrollo de la industrialización, no imponía ningún tipo de presión respecto a la competición deportiva. Además, la ausencia de reglas comunes en el deporte y la dificultad de reunir a deportistas de diferentes zonas se debía a la falta de unificación nacional y a la escasez de medios de comunicación y de transporte. Estos factores influían en la poca presión que existía en los individuos.

Sin embargo, el desarrollo de la Revolución Industrial representó el momento en el que la participación deportiva adquirió mayor importancia y necesidad de buscar el éxito. Las sociedades industriales modernas ya se encontraban relativamente unificadas, contaban con medios de comunicación y transporte más complejos, ya existían reglas comunes en el deporte y los participantes de los juegos habían dejado a un lado el localismo para comenzar a sentir

necesidad y deseo de competir con otros grupos geográficos, a quienes empezaron a ver como rivales.

La transformación social que significó la industrialización generó el nacimiento de cadenas de interdependencia más largas y diferenciadas, es decir, surgió una mayor especialización en las funciones. Además, el cumplimiento de papeles especializados generó dependencias y controles recíprocos. Por otra parte, también empezó a consolidarse una idea de acción colectiva, mediante la cual los miembros de los grupos especializados entendieron la necesidad de organizarse para aumentar las oportunidades de poder.

El fortalecimiento de cadenas de interdependencias largas y diferenciadas, aumentó la presión en los miembros de la sociedad, como lo afirma Eric Dunning:

Así es como, según Elias, la división cada vez mayor del trabajo y el nacimiento de cadenas de interdependencia cada vez más largas lleva a una dependencia recíproca mayor y, por tanto, a patrones de <<control multipolar>> dentro y entre los grupos, es decir, a una figuración social global en la que individuos y grupos están sometidos a presiones cada vez más fuertes por parte de los demás. Esa presión es eficaz debido a las dependencias recíprocas. (Elias y Dunning, 1992, p. 264)

El fortalecimiento de las cadenas de interdependencia que generó la industrialización influyó, por lo tanto, en el ámbito deportivo. La presión y los controles recíprocos que surgieron con esas cadenas, generaron un cambio en el deporte y en la mentalidad de sus participantes: el deporte ya no se practicaba únicamente por diversión y los deportistas ya no se consideraban individuos independientes, sino que era indispensable que ellos llevaran a cabo una actuación seria en las competencias deportivas.

De esta forma la racionalización en el deporte, que se refleja a través de la incorporación de métodos para mejorar los rendimientos y las condiciones en las prácticas deportivas, no son más que la lógica racionalizadora característica de la sociedad industrial. La creciente intención de

que los deportistas se concentren en el dominio de una técnica deportiva específica se dio gracias a esa mentalidad de racionalización que surgió con la llegada de la industrialización.

Haber dejado a un lado el localismo durante el desarrollo de las sociedades industriales modernas también permitió que el deporte adquiriera mayor seriedad e importancia. No solo es necesario tener en cuenta que los individuos empezaron a ver como rivales a otros grupos geográficos, sino que también dejaron de jugar para sí mismos con el propósito de poder representar a unidades sociales más complejas.

El enfrentamiento y la decisión de observar a otros grupos geográficos como rivales permitió fortalecer el sentimiento colectivo, como lo afirma Dunning: “(...) el sentimiento de <<nosotros>> como grupo, como unidad, se refuerza ante la presencia de otro grupo percibido como <<ellos>>, el equipo contrario, sea local o nacional, y sus seguidores.” (Elias y Dunning, 1992, p. 268).

A partir del sentimiento de representación de unidades sociales a través del deporte, este se convirtió en la única oportunidad de unirse que tenían las sociedades. De esta forma, con el desarrollo de la industrialización, los controladores y consumidores del deporte esperaban una buena actuación de los deportistas para disfrutar de un espectáculo emocionante que les permitía, de alguna u otra forma, sentirse identificados. Además, las competiciones de alto nivel empezaron a crear una nueva forma de enfrentarse con los rivales sin necesidad de matarse entre sí.

La práctica, la disciplina y el entrenamiento por parte de los deportistas se convirtieron en elementos necesarios para alcanzar el éxito y mantenerse en la cima. Prepararse con compromiso también contribuyó a que el deporte empezara a ser visto con seriedad. Para lograr la



participación en niveles supremos de competición deportiva, como los Juegos Olímpicos y la Copa del Mundial, se comenzaron a exigir altos niveles de autocontrol y motivación que permitieran alcanzar la victoria.

El alto grado de rutinización y civilización, características de las sociedades urbanas industrializadas, presionaron a los individuos a ejercer una restricción emocional en su vida diaria. Por consiguiente, las personas encontraron en las actividades deportivas una forma de salir de la rutina, en cuanto se convirtieron en una manera de producir emociones agradables; pero, al mismo tiempo, estas emociones debían ser expresadas de forma controlada y limitada.

A través del deporte moderno se hace evidente la tendencia hacia la seriedad que han adquirido las actividades deportivas; es una intención de que ellos representen una de las principales fuentes de identificación, tal como lo afirma el sociólogo Eric Dunning:

La tendencia dominante en todo el mundo dentro del deporte moderno [es] la tendencia hacia una creciente competitividad, seriedad en la participación y búsqueda de triunfos. (...) Se trata de la tendencia del deporte, en todos los países del mundo, a dejar de ser una institución marginal y escasamente valorada para convertirse en otra central y merecedora de un valor mucho más alto, institución que para muchos parece tener importancia religiosa o quasi-religiosa, en el sentido de que se ha transformado en una de las principales, si es que no en la principal fuente de identificación, significado y gratificación en sus vidas. (Elias y Dunning, 1992, p. 247)

Teniendo en cuenta la idea anterior, participar en el deporte ya sea como jugador o espectador, representa en la sociedad moderna no solo uno de los principales medios de identificación colectiva, sino también una fuente que brinda sentido a la vida de millones de personas.

Sin duda, existe una relación entre la industrialización y la tendencia hacia la importancia y seriedad de competición deportiva. Esa relación puede explicarse mediante la democratización funcional, un proceso denominado por Norbert Elias y el cual hace referencia al “cambio

nivelador en el equilibrio de poder dentro y entre los grupos ocurrido contingentemente en los procesos interrelacionados de formación del Estado y alargamiento de las cadenas de interdependencia.” (Elias y Dunning, 1992, p. 263).

La llegada de la industrialización permitió que la consideración social del ocio se transformara. En épocas anteriores a la Revolución industrial, el ocio estaba acompañado de diferentes connotaciones negativas, en la medida en la que era considerado como madre de todos los vicios debido a la relación que se establecía con el pecado capital de la pereza. Es así como el trabajo era considerado como un deber moral y un fin en sí mismo, mientras que el ocio representaba la dejadez y la complacencia.

Por otra parte, gracias a los impulsos de la Revolución industrial el ocio comenzó a ser entendido desde otra perspectiva. Empezó a entenderse como una fuente de descanso, como un medio para recuperar fuerzas para regresar al trabajo.

En las sociedades contemporáneas, la consideración del ocio continuó desarrollando diferentes transformaciones. Dejó de ser visto como un medio de descanso y recuperación, para que en la actualidad sea entendido como un fin en sí mismo, es decir, como una necesidad humana que otorga la posibilidad de incrementar el bienestar y la calidad de vida.

Esa transformación en el entendimiento del ocio es explicada por Mirian Ispizua y María Jesús Sánchez (1998) a partir de cinco perspectivas: factores tecnológicos, económicos, higiénico-sanitarios, sociales y los relacionados con la inserción laboras y la jubilación.

El desarrollo tecnológico ha generado una mejora en los sistemas de producción. Los tiempos de trabajo necesarios han disminuido debido al aumento en la capacidad de producción. Por esta

razón, el desarrollo tecnológico ha facilitado la existencia de una mayor disponibilidad de tiempo libre.

La ampliación del periodo escolar obligatorio ha hecho que la incorporación de las personas más jóvenes al ámbito laboral sea más demorada. Además, el fenómeno de la jubilación anticipada ha tomado fuerza. Estos dos factores, el ingreso tardío y el retiro temprano del mundo laboral, han generado condiciones que llevan a utilizar el tiempo libre en actividades que generaban placer y emoción.

Gracias a los avances que han surgido en el campo de la medicina, la esperanza en la mejora de la calidad de vida se ha vuelto común dentro de las sociedades. De esta forma, no solo se trata de vivir más años, sino también de vivirlos bien; y disfrutar del tiempo libre repercute en un factor indispensable para mejorar la calidad de vida.

El derecho al tiempo libre como logro primordial de las sociedades modernas permitió darles sentido a diferentes facetas de la existencia. La posibilidad de disfrutar del ocio se ha convertido en una necesidad y ha dado origen a un nuevo espacio, ajeno a lo laboral.

Durante las primeras décadas del siglo XX, las prácticas deportivas se consolidaron institucionalmente en toda Europa y en gran parte del continente americano. “En la medida en que la idea de progreso se convertía en un ideal para grandes masas de población, se aspiraba a que los modos de vida burgueses se hicieran extensivos a toda la sociedad.” (García et al, 1998, p. 77). Por consiguiente, el deporte se posicionó como una práctica cultural importante y mediante ella se consolidaron diferentes actitudes y hábitos, los cuales acercaron a las masas a un ideal de progreso en los modos de vida.

Con el proceso de transformación que significó la modernidad, el deporte empezó a incluir aspectos que le moldearon su carácter universal. El deporte es una práctica social única en cuanto sus símbolos, valores y normas lo hacen diferente a las demás prácticas sociales.

Respecto al carácter simbólico, en las actividades deportivas se lleva a cabo un proceso comunicativo para generar identidad. Los competidores no participan de forma individual, sino que junto a ellos se encuentra todo un grupo de espectadores que vive con intensidad la participación de los deportistas.

Los deportistas colombianos entienden que su participación no se lleva a cabo de forma individual, sino que ellos representan a un país. Los espectadores de los deportes viven con emoción la participación en las diferentes competiciones: llegan a sentir como propias las victorias y las derrotas de los deportistas.

No solo son los intereses de ciudadanía, nacionalidad o grupo los que definen el carácter simbólico del deporte. Las prácticas deportivas son en sí mismas un significante y un significado:

Su carácter de contienda civilizada permite comparar grupos, establecer rivalidades y validar jerarquías, lo que provoca que su significado se engrose con contenidos no estrictamente deportivos: la raza o el ímpetu, la superioridad de unas regiones sobre otras, la expresión de sentimientos xenófobos, etc. La bufanda que lleva un seguidor de un equipo deportivo hace la función de significante al ser mostrada con orgullo por una victoria, pero ésta, que en sentido estricto es su significación, puede cargarse con otros contenidos significativos. (García et al, 1998, p. 82).

De esta forma, los aspectos más mínimos pueden desarrollar en el espectador un proceso de identificación. Detalles como el color de la piel o la vestimenta son elementos que lo pueden llevar a sentirse identificado con determinado equipo o deportista.

La competencia es el primer gran valor del deporte. Los deportistas llevan a cabo todo un proceso de preparación que los encamina al momento en el que deban enfrentarse, ya sea individual o colectivamente. Este valor posibilita la existencia de referencias de esfuerzo para controlar los progresos o retrocesos.

El espíritu de superación que prevalece en los deportistas, está relacionado con otro valor del deporte: la idea de progreso. Existe un estímulo constante para alcanzar la victoria y por esta razón, las prácticas deportivas requieren de gran esfuerzo y entrenamiento para superar las barreras que dificultan el éxito.

Las competiciones deportivas también incluyen el valor de la igualdad. Para que esa igualdad sea posible, se deben establecer diferentes categorías, clasificaciones y jerarquías que equilibren el enfrentamiento. Además, el equilibrio aumenta el interés por el espectáculo deportivo en cuanto genera emociones y pasiones en sus competidores y espectadores.

Al mismo tiempo, el valor de competencia, de igualdad y de espíritu de superación se complementan junto con la consecución de la victoria. Los deportistas no compiten para perder. El proceso de preparación abarca la moral de triunfo, el interés de vencer al adversario para alcanzar la victoria.

El éxito en el deporte se desarrolla mediante diferentes grados y niveles, los cuales tienen que ver con las características e intereses de cada competidor, es decir, el éxito depende del significado que construya cada atleta: “Para ciertos atletas tan sólo ganar una determinada prueba puede entenderse como éxito, pero para otros participantes en la misma prueba llegar entre los veinte primeros supone ya un grandísimo éxito, e incluso para otros puede suponerlo el solo hecho de ser capaces de lograr finalizarla.” (García et al, 1998, p.80).

Teniendo en cuenta esta idea del éxito en el deporte, es posible establecer una relación con la importancia de conocer las historias de aquellos deportistas colombianos que han participado en los Juegos Olímpicos, pero que todavía no han logrado obtener medallas. También es necesario dar a conocer a esos atletas que no han subido al podio para entender que el éxito varía de acuerdo con el significado que le dé el competidor. Ese significado no depende únicamente de obtener una medalla. Para ellos, representar a Colombia en los Juegos Olímpicos ya es una victoria.

Valores como la competencia, la igualdad, el espíritu de superación y la consecución de la victoria no solo eran puestos en práctica en el ámbito deportivo. Realizar prácticas deportivas implica asociar significantes, como el silbato del árbitro y los gestos del entrenador, a significados, como una falta cometida o indicaciones para modificar alguna estrategia durante la competición.

A partir de los años sesenta, las clases medias empezaron a crecer continuamente, lo que provocó que en América y Europa una gran cantidad de personas accediera primero a prácticas deportivas a través de las cuales pudieron apropiarse de esos valores.

Gracias a las transformaciones que han presentado las sociedades contemporáneas, el deporte se ha convertido en la forma de entretenimiento más reconocida a nivel mundial. Se ha vuelto un sistema configurado como respuesta a diferentes circunstancias históricas que facilitaron el proceso de evolución y expansión del deporte, como lo afirman Manuel García y Francisco Lagardera Otero (1998): “el deporte ha pasado a ser lo que se denomina un *fenómeno cultural total*, pues configura y entreteje un actuar humano íntimamente unido a otras pautas culturales,

de tal forma que resulta muy difícil acotar cuándo empieza y cuándo finaliza el comportamiento deportivo.” (p. 22).

El deporte es uno de los principales componentes de la cultura de masas. Las actividades relacionadas con él lograron difundirse a través del desarrollo de los medios de comunicación.

El auge de la comunicación a través de los periódicos y la radio durante los años veinte y treinta, generó la expansión rápida de las noticias y acontecimientos respecto a temas deportivos. De esta manera, se empezó a construir una relación recíproca entre los medios y el deporte, debido a que los periodistas promovieron no solo el deporte, sino también los medios. Esta relación “[embelleció] las competiciones deportivas mediante el uso de sugerentes y espectaculares imágenes y metáforas, en ocasiones de hipérbolos, y de la creación de héroes.” (García et al, 1998, p. 206).

Con la popularización y la difusión de los medios de comunicación de masas, los Juegos Olímpicos han adquirido mayor importancia y prestigio. Es por esta razón que este encuentro deportivo se ha convertido en uno de los fenómenos de comunicación de mayor trascendencia mundial desde finales del siglo XX.

Por otra parte, los Juegos Olímpicos no solo se han utilizado para promover y representar el juego limpio y la paz, sino que también han manifestado el orgullo nacional, es decir, han llegado a convertirse en una oportunidad para expresar la identificación y sentimientos nacionalistas.

En el caso colombiano, los Juegos Olímpicos han desarrollado, en primer lugar, una forma de entretenimiento que lleva a los colombianos a sentirse identificados mediante la participación de cada deportista del país. En segundo lugar, es una oportunidad para que los deportistas expresen

su orgullo y motivación de lo que significa ser colombiano y representar a su país en un encuentro deportivo de carácter mundial.



## Capítulo II

### Historia de los Juegos Olímpicos

La celebración de los Juegos Olímpicos representa, junto con los Campeonatos Mundiales de Fútbol, el movimiento deportivo y social más relevante del siglo XXI, un movimiento que ha adquirido fuerza desde la antigua Grecia.

El elemento más importante de los Juegos era el lazo religioso. Las cuatro competiciones estaban asociadas a cultos, a divinidades: en Olimpia y en Nemea se rendía culto a Zeus; en Delfos, a Apolo y en el Istmo de Corinto, a Poseidón. En su origen, los Juegos Olímpicos también estaban ligados al culto funerario. Las pruebas deportivas se realizaban en funerales como símbolo de homenaje, que los vivos rendían a la memoria del muerto. De esta forma, mediante esas pruebas deportivas, se exaltaba al difunto exhibiendo las cualidades que siempre lo caracterizaron.

Para los griegos, lo esencial era ser el primero para alcanzar la gloria. Solo los atletas vencedores eran quienes recibían un premio como a su buen desempeño durante los Juegos. En su origen, los juegos atléticos griegos solo tenían una prueba: la carrera en el estadio. Sin embargo, más adelante se incluyeron otras competiciones como:

El salto de altura, lanzamiento de disco y de jabalina, la lucha, el boxeo, el pancracio, el pentatlón y las carreras hípcas, que despertaron un enorme interés entre los griegos. Los vencedores eran honrados con estatuas de bronce o mármol, su gloria era cantada por poetas y filósofos y sus hazañas eran plasmadas en objetos artísticos. (Pastor, Villena y Aguilera, 2008, p. 66).

La ciudad de Olimpia, situada en el Peloponeso en la región de Grecia occidental, representó un lugar determinante en el culto a Zeus. Debido a la importancia del santuario a esta deidad y de los festivales religiosos y deportivos que se celebraban allí, surgieron leyendas que asignaron a

diferentes dioses y héroes la fundación de los Juegos. Una de esas historias le atribuye a Zeus la fundación.

Otra leyenda le otorga el origen a Heracles: la diosa Rea le encargó el cuidado del niño Zeus y, para entretener a la criatura, Heracles propuso a sus cuatro hermanos hacer una carrera y el ganador fue coronado con un ramo de olivo silvestre.

Cuando empezaron a celebrarse los Juegos Olímpicos, se construyeron edificios religiosos y deportivos. Durante el siglo V a.C. se levantó la estructura del Senado Olímpico, la residencia y el comedor para los atletas, el segundo estadio y el santuario de Hestia, donde se guardaba el fuego sagrado de la diosa. En el siglo IV a.C. se edificaron la residencia de los sacerdotes permanentes de Olimpia y el tercer estadio, que tenía una capacidad para 40.000 espectadores.

Dentro de este escenario deportivo no se le ofrecía asientos a los espectadores, sino un plano inclinado que formaba el terreno sobre el cual se había construido el estadio. Fue en la época helenística cuando se construyeron la palestra y el gimnasio para que los atletas pudieran prepararse para las competencias. En el siglo III a.C. se cimentó un túnel que daba acceso al estadio y solo podía ser utilizado por los atletas y los jueces de cada prueba.

Los primeros Juegos Olímpicos se llevaron a cabo en el año 776 a.C. Se celebraban en verano y cada cuatro años. Su preparación se iniciaba con la adecuación de las instalaciones deportivas, dentro de la cual se encontraba arrancar la maleza y la hierba de las pistas y añadir una capa de arena nueva. Por otra parte, la preparación también incluía la proclamación de la Tregua Sagrada, que se anunciaba antes y durante la celebración de los Juegos Olímpicos.

Cuando llegaba la primavera, un grupo de tres heraldos sagrados realizaba largos recorridos y en cada ciudad divulgaban la Tregua Sagrada, que ponía bajo protección de Zeus a todos

aquellos que iban a viajar a Olimpia para asistir a los Juegos. Esta Tregua representó “un asombroso acuerdo al que llegaron las *polis* griegas para que los guerreros bajasen las lanzas y sus delegaciones pudieran iniciar y realizar el viaje hasta el santuario olímpico, con un mínimo de seguridad, por aquellos peligrosos caminos” (Salvador, 2009, p.44).

Los atletas debían realizar diferentes ejercicios físicos que les permitieran prepararse de forma adecuada para poder competir y alcanzar la victoria en sus respectivas modalidades. Durante el periodo de entrenamiento era indispensable contar con el entrenador, quien no solo guiaba la práctica de los ejercicios físicos, sino que también preparaba al atleta en la técnica y en el cuidado del cuerpo.

Las pruebas exigían cada vez una mayor técnica y capacidad de resistencia, por lo que los adiestradores también empezaron a ser reconocidos en la victoria de los atletas. Los instructores por lo general eran antiguos campeones olímpicos que reunían características de maestros, preparadores físicos y psicólogos.

La higiene y el aseo corporal eran necesarios para mantener al atleta en plena forma y para lograrlo utilizaban diferentes técnicas, como relajar los músculos con aceites. También era común que cubrieran su cuerpo con tierra o arena durante el entrenamiento para regular la evaporación del cuerpo protegiéndolo del frío. Estos elementos se complementaban con una dieta adecuada, que variaba dependiendo del entrenador y de la modalidad en la que participaría el atleta. En el caso del consumo de carnes, “los saltadores de longitud procuraban ingerir carne de cabra las semanas previas a la competición. Los corredores de distancias cortas se decantaban por la carne de toro y los fondistas por la de caballo o ciervo. Los luchadores y boxeadores optaban por la de cerdo.” (Pastor, Villena y Aguilera, 2008, p. 125).

Los atletas debían presentarse con un mes de anticipación en la ciudad de Élide, situada a 57 kilómetros de Olimpia. Cuando llegaban, los jueces les hacían un examen riguroso para comprobar que sí cumplían con los cinco requisitos: ser griegos, hombres libres, hijos legítimos de padres griegos, no estar privados de derechos de ciudadanía por haber cometido algún delito y haberse entrenado durante un período de diez meses antes de la prueba y uno de ellos en Élide.

Cuando finalizaban las comprobaciones y se decidía quiénes eran los atletas que habían aprobado el examen y habían sido inscritos, todos se dirigían en procesión hacia Olimpia. Era indispensable que los atletas, sus padres, hermanos y entrenadores realizaran un juramento olímpico frente a la estatua de Zeus. Debían jurar que no cometerían ningún fraude en los Juegos, que habían seguido las normas de entrenamiento y, en el caso de los jueces, que tomarían las decisiones apropiadas en cada prueba.

Todos los participantes debían seguir cada ley de los Juegos Olímpicos. Se aplicaban sanciones severas a quienes no cumplían las leyes:

Los jueces que los presidían hacían azotar a los corredores que se adelantaban en las salidas o molestaban a otros participantes, también a los que sobornaban a los contrarios o rehusaban el combate y, en fin, a los que, simplemente llegaban tarde a sus pruebas. Por disciplina, también hubo que castigar severamente a las ciudades que, para asegurarse los gloriosos beneficios de una victoria, falsificaban el origen de los atletas que las representaban. Si la falta era grave, se ponían multas de las que era responsable el atleta, su familia o incluso su ciudad (...). (Salvador, 2009, p. 47).

Los participantes que no cumplían con el reglamento eran castigados con multas y sanciones políticas, económicas, deportivas o corporales. De esta forma, quienes violaban la Tregua Sagrada eran expulsados de los Juegos; cada vez que alguien fuera sancionado económicamente, debía pagar una multa que era destinada al Tesoro de Zeus. Las penas deportivas por lo general afectaban a los atletas que competían en las pruebas de combate, como ocurría cuando se

ocasionaba la muerte del adversario. Los castigos corporales se implementaban azotando frente al público a los atletas que, por ejemplo, se anticipaban a la orden de salida.

Para llevar a cabo la organización de los Juegos se creó el Consejo Olímpico, un organismo que estaba conformado por miembros residentes en Olimpia. Estas personas se encargaban de administrar unos tributos que pagaban todas las ciudades participantes como forma de ayuda militar, alquiler de los terrenos, donaciones y de las sanciones que debían ser impuestas a los participantes que infringían las leyes.

La elección de los jueces se hacía por sorteo o por votación. En los primeros Juegos Olímpicos solo había dos jueces; pero el número luego fue aumentando hasta llegar a diez. Las personas que eran elegidas debían asistir a un curso que duraba diez meses, tiempo en el que se les explicaba en qué consistía cada regla y cómo debían aplicarla en caso de que fuera necesario.

Una de las funciones de los jueces era asegurarse de que ningún atleta fuera inscrito en la categoría que no le correspondía. Solo había tres categorías: una para adultos y las otras para jóvenes y niños. La edad del participante era lo que definía en qué categoría iba a participar. También se encargaban de otras funciones como: decidir quiénes eran los tres heraldos que debían ir a las otras ciudades a proclamar la Tregua Sagrada, supervisar que los entrenamientos se llevaran a cabo de forma correcta, controlar la adecuación de las instalaciones, sancionar a los atletas que no cumplieran las leyes, supervisar el desarrollo de cada prueba y mantener los registros de los vencedores para coronarlos.

“Su misión principal consistía, ante todo, en velar que los atletas cumplieran las reglas de cada prueba, resolviendo los eventuales litigios que pudieran darse entre los participantes. [Sus]

decisiones, tomadas por mayoría de votos, eran irrevocables (...).” (Pastor, Villena y Aguilera, 2008, p. 76).

Los jueces desempeñaban la mayor responsabilidad a lo largo de la organización y el desarrollo de los Juegos Olímpicos. Ser juez significaba un gran honor debido a que era una oportunidad para sobresalir en la sociedad. Los jueces vestían de color púrpura y ocupaban un lugar exclusivo en el estadio; además, como servicio público, donaban una cantidad de dinero para financiar parte del costo de los Juegos.

Mauricio Pastor Muñoz, Miguel Villena Ponsoda y José Luis Aguilera González (2008) mencionan cuáles eran las diez normas que se debían seguir durante la celebración de los Juegos Olímpicos:

Ser griego y libre, no ser esclavo ni extranjero; no estar perseguido por la justicia por delitos; no haber transgredido la Tregua Olímpica; haberse entrenado durante los meses anteriores a las pruebas; haberse inscrito un mes antes del comienzo de las pruebas; competir desnudo y ser puntual; no intimidar, sobornar, ni matar al rival; respetar siempre las decisiones de los jueces; el que derrote a su contrincante será proclamado vencedor y se prohíbe a las mujeres entrar en el recinto olímpico. (p. 86)

El calor del verano griego y las escasas posibilidades de alojamiento dificultaban la estancia en Olimpia para los espectadores. Por esta razón, los anfitriones se esforzaban para ofrecerles a los visitantes más humildes un mínimo de comodidad; pero para los convidados más ricos, la estancia en Olimpia no era difícil debido a que, con el deseo de dejar una gran impresión, viajaban con sus criados y con abundantes provisiones.

Sin embargo, a pesar de las incomodidades que existían en la ciudad, los Juegos Olímpicos reunían a una gran cantidad de gente de distintas clases que llegaba desde otras ciudades. No obstante, no todos iban a competir o a disfrutar de las pruebas; varias personas aprovechaban la ocasión para otros fines como: inaugurar las estatuas de los atletas vencedores; para firmar

acuerdos políticos, como era el caso de reyes de las otras ciudades y para comerciar y hacer negocio; de esta forma, los fabricantes de los centros manufactureros más reconocidos de Grecia, firmaban contratos de venta de sus productos como cerámicas, textiles y metales, pero también aprovechaban para comprar otros bienes como madera, pieles, minerales y cereales.

Los Juegos Olímpicos significaban un gran espectáculo. Todos los habitantes de Grecia deseaban estar en ellos, aunque fuera solo una vez. No solo se llevaban a cabo las pruebas deportivas, sino que también se realizaban otras actividades durante la celebración. Había vendedores de artículos de todas clases, se desarrollaban espectáculos de magia, de acrobacias y de baile. Por otra parte, los Juegos también se habían convertido en el punto de encuentro más importante no solo de la vida social, sino también intelectual de Grecia: “Olimpia representaba el mejor escenario posible para que los filósofos, poetas, historiadores, artistas, políticos, etc., se diesen a conocer ante un público cosmopolita. Allí, junto al templo de Zeus, pronunciaban sus discursos y explicaban sus proyectos o leían sus obras literarias o filosóficas.” (Pastor, Villena y Aguilera, 2008, p.77).

Los Juegos Olímpicos fueron celebrados durante más de doce siglos, desde el año 884 a.C. al 394. El espectáculo duraba cinco días. El primer día estaba dedicado a la inauguración, la cual se desarrollaba mediante ceremonias religiosas. Los atletas, los jueces y los representantes de las ciudades, acompañados de la música que producían las flautas y los timbales, entraban al templo para dirigirse al monumento de Zeus. Los jueces continuaban su recorrido para ubicarse en unos sitios de piedra. Alrededor de los jueces se ubicaban los representantes enviados desde las otras ciudades griegas. Luego se realizaban los sacrificios a Zeus, los oradores y los filósofos pronunciaban los discursos y, más adelante, se sorteaban diferentes aspectos específicos de las pruebas como por ejemplo, los puestos de salida en las carreras y las parejas de atletas que se

iban a enfrentar en cada combate. Al finalizar la jornada, los atletas juraban frente a la estatua de Zeus que habían observado fielmente los reglamentos.

En el segundo día se daba inicio a las pruebas deportivas en las distintas categorías. Durante la mañana los espectadores se dirigían al hipódromo, una extensión plana situada entre el estadio y el curso del río Alfeo. La prueba hípica principal era la carrera de cuadrigas. La actividad se iniciaba con un desfile general de los participantes, incluyendo atletas, jueces, entrenadores y familiares. El propósito de esta competencia consistía en darle doce vueltas a cada una de las dos columnas que estaban ubicadas en los extremos opuestos del hipódromo, un recorrido que equivalía aproximadamente a 9.000 metros. El auriga iba de pie en la plataforma del carro y conducía sus caballos mediante un juego de riendas y un látigo.

La carrera de cuadrigas se introdujo en los Juegos Olímpicos en el año 680 a.C. durante la XXV edición. Fue la prueba épica que alcanzó mayor popularidad entre los griegos. Los espectadores no solo disfrutaban de la velocidad de los carros tirados por los cuatro caballos, sino que también eran frecuentes los choques y los vuelcos. De esta forma, los espectadores sentían toda la tensión: lloraban, se abrazaban entre sí, insultaban a los atletas caídos en la desgracia y alababan al auriga vencedor, cuya cabeza era decorada con una cinta que tenía hojas de olivo.

Después de las carreras de cuadrigas venían las de caballos. Sus jinetes montaban desnudos. Sin embargo, las carreras de caballos no generaban la misma emoción en los espectadores como la que producían las carreras de cuadrigas. Luego, el público se dirigía a presenciar las cinco pruebas del pentatlón: lanzamiento de disco, salto de longitud, lanzamiento de jabalina, velocidad y lucha. El pentatlón se introdujo en los Juegos Olímpicos de la XVIII edición, en el



año 708 a.C. No obstante, las pruebas que conformaban esta actividad ya se practicaban de forma individual en ediciones anteriores.

En la tarde, los espectadores asistían al pentatlón. Este iniciaba con tres pruebas: lanzamiento de disco, lanzamiento de jabalina y salto de longitud. Todos los participantes se enfrentaban y quienes no fueran eliminados debían competir en la carrera de velocidad. Finalmente, los vencedores de esa segunda etapa se enfrentaban en la lucha para saber quién era el triunfador del pentatlón.

El participante de esa prueba tenía las cualidades de un guerrero: “rapidez, agilidad, fuerza, habilidad, valor, resistencia y destreza en el manejo de las armas; en definitiva, debía ser el atleta ideal, pues exigía el desarrollo de todas las actividades físicas del cuerpo.” (Pastor, Villena y Aguilera, 2008, p. 83).

Las carreras fueron las preferidas por los griegos debido a su importancia en la preparación del atleta. Una de sus modalidades era la de velocidad. En este tipo de prueba, los atletas se ponían de pie sobre la línea de salida, con el cuerpo y los brazos inclinados hacia delante y la pierna derecha ubicada un poco más atrás que la izquierda. La salida se indicaba con el sonido de una trompeta. En este tipo de carrera se recorría una sola vez el estadio, lo que representaban aproximadamente 200 metros.

El salto de longitud era el único tipo de salto que se celebraba en los Juegos. Los atletas sujetaban unas pesas en sus manos, las cuales eran llamadas *halteras* y su propósito era brindar mayor estabilidad y potencia en el salto. Sin embargo, también ha existido la teoría de que esas pesas simbolizaban las armas que todo guerrero debía portar en el combate. Al principio eran de

piedra, pero luego se hicieron de metal. Pesaban entre uno y cinco kilos y tenían una hendidura para facilitar al agarre.

El espacio en donde se llevaban a cabo los saltos estaba conformado por un pasillo para tomar impulso, una línea de partida y un foso de unos dos metros cuadrados y relleno de arena, que era donde caían los atletas, quienes debían caer de pie y erguidos. Después del salto, la medición se hacía desde la huella de los talones de atleta y se llevaba a cabo con una vareta de caña.

El lanzamiento de disco tiene su origen en el lanzamiento de piedras. El disco era una pieza circular; primero fue de piedra y después de bronce, hierro o plomo y pesaba entre 1.245 y 5.707 kilogramos. Los discos tenían adornos que representaban el premio de los vencedores y el cual podían seguir utilizando durante cinco años consecutivos. La *balbis*, una zona construida con losas de piedra, era el lugar desde donde los atletas realizaban el lanzamiento. Estando allí, los atletas podían dar uno o varios pasos antes de llevar a cabo el ejercicio.

El lanzamiento de jabalina no solo consistía en lanzar una vara de madera con punta metálica, sino que los atletas, siguiendo la figura de soldados luchando en el campo de batalla, trataban de aumentar la distancia y la precisión. El empujón estaba conformado por dos etapas: la acción del brazo y la acción de la tira de cuero. La medición se llevaba a cabo con una tira de cuero enrollada en torno al asta y en el extremo se dejaba un lazo que se sujetaba con los dedos índice y pulgar. “El arma debía llegar a clavarse en un círculo señalado a unos treinta metros de la línea de lanzamiento (...) [Unos] tocones de árboles se situaban como blancos, a unas distancias que oscilaban entre los 30 y los 40 metros del punto del lanzamiento.” (Salvador, 2009, p. 66).

La lucha era el deporte más practicado por los griegos. Era considerada como un pasatiempo natural y rutinario. Sus prácticas eran realizadas en el gimnasio y en la palestra, la cual se

encharcaba para simbolizar las luchas reales de los guerreros en los campos de batalla y para disminuir los efectos de las caídas. Los atletas untaban su cuerpo con aceite, para dificultar el desempeño del adversario. También utilizaban polvos de distintos colores y texturas para disminuir el sudor y, de esta forma, realizar las llaves con mayor eficacia.

La clasificación y victoria dependían de la habilidad, la agilidad, la astucia y la fuerza. Los atletas combatían de pie, tratando de derribar al contrincante para ponerlo de espaldas al suelo. En los combates formales, derribar al oponente significaba la victoria. Esta prueba exigía que los atletas se prepararan de forma rigurosa, pues siempre se procuraban aumentar las dificultades de los ejercicios.

Las cinco disciplinas explicadas con anterioridad eran las que conformaban el pentatlón. El vencedor de esta prueba recibía abundantes premios, dentro de los cuales estaba inmortalizar su figura a través de obras de arte. Después del pentatlón, el segundo día de los Juegos Olímpicos finalizaba con sacrificios que se ofrecían a los dioses a la luz de la luna llena. Animales como toros y bueyes eran sacrificados frente a la tumba del héroe Pélope, ya que, según otra leyenda, el funeral de este héroe dio origen a los primeros Juegos Olímpicos. Los devotos desfilaban en procesión, cantaban, bailaban y, cubierto de guirnaldas de flores invitaban a sus a comer.

La mayor parte del tercer día se ocupaba para realizar ceremonias religiosas en honor a Zeus. Los jueces, sacerdotes, delegados oficiales de las otras ciudades, los atletas y sus entrenadores se dirigían en procesión hacia el Altar de Zeus. Estando allí, se sacrificaban cien bueyes; una parte de la carne de los animales se quemaba y la otra se guardaba para ofrecer un banquete en la tarde.

En el tercer día también se llevaban a cabo las carreras de relevos de la categoría de los niños y en la tarde se realizaban tres carreras pedestres. La carrera de resistencia era la más importante en este día. La pista era cuadrada y los corredores “hacían veinticuatro veces la longitud del estadio en ambos sentidos, con medios giros en los extremos de cada tramo de 180 metros.” (Salvador, 2009, p. 55). El éxito en esta prueba dependía de la velocidad de los atletas, de su habilidad para realizar los giros alrededor de los postes, de la fuerza para evitar los empujones de los rivales y de utilizar una técnica adecuada para no resbalar en la arena.

La prueba de velocidad era la otra carrera que también se efectuaba en el tercer día. El vencedor recibía una corona de olivo y su victoria le permitía alcanzar una fama extraordinaria. La tercera carrera pedestre consistía en darle una vuelta completa al estadio. Los atletas corrían hacia el poste que se encontraba ubicado en el otro extremo, giraban alrededor de una piedra y luego regresaban a la línea de salida.

Durante el cuarto día se celebraban las pruebas de lucha, boxeo y pancracio. Al principio se boxeaba con los puños desnudos, pero luego los atletas utilizaron unas correas de cuero largas y flexibles para vendar los nudillos y las muñecas. Este vendaje no solo servía para proteger las manos, sino también para darle mayor eficacia a los golpes.

En ese tipo de combate no había normas fijas, pero los jueces sí debían asegurarse de que los participantes mantuvieran una distancia prudente. Al igual que en la lucha, no había un límite de tiempo para el combate. Sin embargo, cuando se extendía, se recurría a que los atletas recibieran alternativamente un golpe directo del adversario hasta que alguno de los dos se declarara vencido levantando el dedo índice.

El pancracio era una combinación entre la lucha y el boxeo. Los atletas competían sin ropa, con el cuerpo untado de aceite y polvos y el cabello cortado para evitar los agarres del adversario. Estaba permitido dar puñetazos, pegar patadas en todo el cuerpo, por lo que era común observar a los participantes dar patadas en los genitales, en el estómago y en la cara. También estaba permitido realizar zancadillas y lanzarse sobre el contrincante. Solo dos estrategias no estaban permitidas: morder o tapanle los ojos al oponente. Quienes realizaban este combate, debían combinar la fuerza, la habilidad y la inteligencia. Los hombres más rudos de Grecia participaron en esta prueba, y cuando había premios económicos en los Juegos, el pancracista era quien recibía la mayor recompensa.

El quinto día era el último de los Juegos Olímpicos. Estaba dedicado a la proclamación y coronación de los vencedores en cada prueba. Jueces, sacerdotes y los representantes de las ciudades acompañaban a los campeones al Altar de Zeus. En la medida en que se nombraban los vencedores, eran coronados con ramas del olivo sagrado. También eran premiados con guirnalda de flores y cintas de colores que ataban en sus brazos, muñecas o tobillos. Después de la coronación se realizaba una ofrenda en honor a Zeus. Jóvenes, adultos y ancianos bailaban con la música de arpas, flautas y tambores. Se disfrutaba de un banquete que los jueces les ofrecían a los vencedores y a los representantes de las ciudades. Al finalizar esta celebración, los atletas y los espectadores recogían sus pertenencias para realizar del viaje de regreso.

La celebración de los Juegos Olímpicos en la Grecia antigua se había convertido en una oportunidad significativa para mostrar la estructura y los valores de la sociedad. Para ser atleta era necesario contar con cualidades excepcionales que permitieran alcanzar la victoria. Los vencedores de los pueblos eran honrados en sus ciudades y su triunfo era presagio de buena fortuna acompañada de la intervención divina: “Los griegos estaban convencidos de que la

victoria era el sello del favor divino. Símbolo de su *polis*, la victoria del atleta (...) demostraba (...) que los rituales habían sido correctamente observados y que los ruegos de intervención divina habían sido escuchados.” (Salvador, 2009, p. 86).

Los festivales deportivos que se llevaban a cabo en Olimpia se convirtieron en un referente en otros lugares, donde empezó a surgir el deseo de crear un encuentro deportivo en sus propias ciudades. De esta forma, el ideal y propósito de los Juegos Olímpicos comenzaron a expandirse por el resto del mundo. En el siglo V a.C., los Juegos alcanzaron su máximo apogeo. La difusión de la moneda, la aparición de una nueva clase social y el desarrollo de una nueva táctica militar fueron algunos de los factores que influyeron en el auge de los Juegos Olímpicos.

Los Juegos Olímpicos de la época clásica terminaron con el fin del Imperio griego. Sin embargo, casi veinte siglos después, Pierre Fredy de Coubertin, proveniente de una familia de la aristocracia francesa, realizó un viaje al estadio olímpico de Grecia y comprendió la necesidad de retomar los Juegos que se celebraban en Olimpia. De esta forma, hacia el año de 1894, Pierre Fredy de Coubertin realizó un congreso en Paris, en la Universidad de la Sorbona, y convocó a 14 países para crear el primer Comité Olímpico Internacional. En el congreso se nombró al griego Demetrios Bikelas como el primer presidente del Comité.

Los primeros Juegos Olímpicos modernos fueron inaugurados en 1896, en Atenas, por el rey Jorge I de Gran Bretaña y ante 70.000 espectadores que se encontraban en el estadio olímpico de Grecia. Participaron 241 atletas a través de nueve deportes: atletismo, ciclismo, esgrima, gimnasia, halterofilia, lucha, natación, tenis y tiro. El Comité Olímpico Internacional reconoció a 13 países para que participaran en los Juegos: Alemania, Australia, Austria, Bulgaria, Chile, Dinamarca, Estados Unidos, Francia, Grecia, Hungría, Italia, Reino Unido, Suecia y Suiza. El

éxito que tuvo la celebración de estos Juegos hizo que Pierre Fredy de Coubertin propusiera realizar el encuentro cada cuatro años, pero en diferentes ciudades del mundo.

## Capítulo III

### Participación de Colombia en los Juegos Olímpicos

La primera vez que Colombia participó en unos Juegos Olímpicos ocurrió en Los Ángeles, California, en el año de 1932. Jorge Perry Villate, quien para esa época tenía 22 años, representó al país gracias al apoyo que le brindó el Comité Olímpico Internacional. El atleta se preparó en Estados Unidos durante cuatro meses para competir en una maratón de 42 kilómetros, de la que se retiró a los diez kilómetros.

Colombia se inscribió en el Comité Olímpico Internacional en 1936, durante el gobierno de Alfonso López Pumarejo. Gracias a esto se creó el Comité Olímpico Colombiano, que apoyó la participación del país en los Juegos Olímpicos de Berlín, en 1936. En esta ocasión, asistieron seis atletas: Hernando Navarrete, Hugo Acosta, Pedro del Vecho, Pedro Emilio Torres, Campo Elías Gutiérrez y José Domingo Sánchez, quien fue el encargado de llevar la bandera en la ceremonia de apertura. El mejor resultado lo obtuvo Hernando Navarrete ocupando el puesto 18 en los 5000 metros planos.

El desarrollo de la Segunda Guerra Mundial impidió que se llevaran a cabo los Juegos Olímpicos de 1940 y 1944. Por este motivo, Colombia volvió a participar en Londres en el año 1948. Por primera vez, el país fue representado no solo en atletismo, sino también en otros dos deportes: natación y esgrima. Seis deportistas compitieron: Antonio Ahumada, en esgrima; Jaime Aparicio, en atletismo; Emiliano Camargo, en esgrima; Luis Child Vélez, en natación; Luis González, en natación y Mario Rosas, en atletismo. La mejor actuación la tuvo el nadador Luis González, quien llegó a la semifinal de los 1500 metros en estilo libre. Es necesario aclarar que la delegación de Colombia estaba conformada por ocho deportistas, pero solo pudieron competir



los seis mencionados con anterioridad, debido a que Ricardo Cabrero y Manuel Ortiz, practicantes de lucha, llegaron tarde al pesaje.

Durante la década del 50 Colombia sufrió un periodo significativo de violencia y esa fue la razón por la que el país no pudo participar en la decimoquinta versión de los Juegos Olímpicos que se llevó a cabo en Helsinki, en 1952. De esta forma, volvió a asistir en 1956, en Melbourne.

Como asegura José Eduardo Rueda Enciso en el artículo *Colombia Olímpica: hazañas y desengaños en la historia deportiva del país*, “Colombia asistió a Australia gracias a una colecta pública promovida por el diario Intermedio y Emisoras Nuevo Mundo, que se inició el 29 de mayo y se alargó hasta octubre, lo que generó cierta incertidumbre e influyó en la adecuada preparación de los deportistas.” (Rueda, 2005, s.p). En esta iniciativa también participaron compañías como Colgate, Avianca y Bavaria. Durante tres fechas, hubo un incremento en las entradas a los partidos de fútbol y a los teatros para apoyar la representación nacional en Melbourne. Este recaudo posibilitó la intervención de 26 competidores en seis disciplinas: atletismo, esgrima, levantamiento de pesas, natación, ciclismo y tiro deportivo. En esta versión se destacó el atleta Jaime Aparicio, quien estuvo cerca de clasificar a la segunda ronda en los 400 metros con vallas.

En 1960 los Juegos se realizaron en Roma. Colombia participó en cinco deportes con 16 representantes: uno en natación, tres en tiro deportivo, siete en ciclismo, tres en levantamiento de pesas y dos en esgrima. Fue importante la figuración del pesista José Ney López, quien obtuvo el noveno puesto en la categoría ligero.

Como ocurrió para asistir a Melbourne, el país pudo participar en Tokio, 1964, gracias a una colecta pública que se llevó a cabo en Bogotá en la carrera Séptima con Avenida Jiménez, en donde se celebró una maratón artística protagonizada por orquestas, cantantes y animadores.

En Tokio se destacó el ciclista Mario Vanegas al obtener el quinto puesto en la prueba de velocidad. También fue relevante la actuación del atleta Pedro Grajales y del nadador Julio Arango, quienes mejoraron sus marcas personales e impusieron nuevas cifras en Colombia.

La primera vez que las mujeres representaron al país en unos Olímpicos fue en 1968, en la versión que se desarrolló en México. La delegación estaba conformada por 43 deportistas: 38 hombres y cinco mujeres. Olga de Angulo, Carmen Gómez, Patricia Olano y Nelly Syro compitieron en natación y Martha Manzano, en saltos ornamentales. También se participó en fútbol, atletismo y ciclismo.

En México se destacó el atleta Álvaro Mejía al ocupar el décimo puesto, entre 31, en la carrera de 10.000 metros. Del mismo modo, sobresalió la actuación de Martín Rodríguez, quien obtuvo el puesto noveno tanto en la prueba de persecución como en la de ruta individual.

Dos factores favorecieron la preparación de los deportistas para los Olímpicos de Múnich, 1972. En primer lugar, durante el gobierno de Carlos Lleras Restrepo se creó Coldeportes, en 1961. Y en segunda instancia, de acuerdo con José Eduardo Rueda, “en 1967, la ciudad de Cali obtuvo la sede de los VI Juegos Panamericanos, realizados en 1971, circunstancia que fue definitiva para que el país se modernizara en materia deportiva”. (Rueda, 2005, s.p).

En Alemania participaron 53 atletas a través ocho disciplinas: tiro deportivo, boxeo, ciclismo, natación, fútbol, atletismo, saltos ornamentales y levantamiento de pesas. En esta ocasión, tres deportistas obtuvieron medallas: una de plata por Helmut Bellingrodt, en tiro al jabalí y dos de

bronce por los boxeadores Clemente Rojas y Alfonso Pérez. También se destacó el ciclista Miguel Samacá al obtener el noveno lugar en la prueba de ruta individual.

Colombia participó en Montreal 1976 en siete disciplinas y con una delegación conformada por 35 deportistas. En Moscú, 1980, se redujo la participación del país a tres deportes y a tan solo 23 representantes, todos hombres. Predominó el nadador Pablo Restrepo, quien llegó a la final de los 100 metros en el estilo de pecho.

En Los Ángeles, 1984, 36 hombres y tres mujeres representaron al país a través de ocho deportes: tiro deportivo, ciclismo, tiro con arco, boxeo, levantamiento de pesas, atletismo, natación y lucha libre. Helmut Bellingrodt volvió a ganar medalla de plata en tiro al jabalí y Pablo Restrepo compitió de nuevo en la final de 100 metros pecho.

En Seúl 1988 compitieron 40 deportistas nacionales. Por primera vez, se participó en deportes como equitación y judo. Además, el boxeador Jorge Julio Rocha obtuvo una medalla de bronce en la prueba de los 54 kilogramos.

En Barcelona 1992, por primera vez una mujer obtuvo una medalla para Colombia: la atleta Ximena Restrepo ganó bronce en los 400 metros planos. Para los Juegos de Atlanta 1996, viajaron 48 para exhibir sus habilidades en nueve deportes: atletismo, ciclismo, natación, levantamiento de pesas, tiro deportivo, equitación, boxeo, lucha libre y esgrima.

La participación volvió a estar protagonizada por una mujer en Sídney en el año 2000. María Isabel Urrutia ganó la primera medalla de oro y lo hizo a través del levantamiento de pesas. Junto a ella compitieron 43 deportistas. Además, se tuvo representación en tenis, triatlón y taekwondo.

En Atenas 2004, otras dos mujeres ganaron medalla de bronce: María Luisa Calle, en ciclismo en pista y Mabel Mosquera, en levantamiento de pesas. En esta versión de los Juegos, por primera el país compitió en gimnasia, y lo hizo mediante la participación de Jorge Hugo Giraldo.

Durante Beijing 2008, se compitió en tres deportes que hasta el momento no habían tenido representantes colombianos: Rodrigo Ideus debutó en remo; Santiago Grillo, en tabla a vela; y Paula Medina, en tenis de mesa. Por otra parte, Diego Salazar ganó la medalla de plata en levantamiento de pesas y Jackeline Rentería obtuvo la de bronce en lucha libre.

La victoria de Colombia en los Juegos Suramericanos que se desarrollaron en Medellín en el 2010 hizo que el deporte adquiriera mayor fuerza y apoyo. Esto permitió que el número de deportistas que representaría a Colombia en los próximos Juegos Olímpicos aumentara de forma notable. A Beijing asistieron 67 atletas, mientras que en Londres compitieron 104: 46 hombres y 58 mujeres. Esta ha sido la única vez que la delegación femenina superó en número a la masculina.

De los 18 deportes en los que compitieron, se obtuvo medalla en siete: Mariana Pajón ganó la de oro en BMX; Rigoberto Urán, de plata en ciclismo en ruta; Óscar Muñoz, de bronce en taekwondo; Óscar Figueroa, de plata en levantamiento de pesas; Caterine Ibargüen, de plata en salto triple; Yuri Alvear, de bronce en Judo; y Carlos Mario Oquendo, de bronce en BMX. También se destacó la participación de deportistas como Ubaldina Valoyes, Sergio Rada, Carlos Berna y Rusmeris Villar, quienes obtuvieron diploma en levantamiento de pesas.

La mejor actuación tuvo lugar en Río 2016. Participaron 147 deportistas en 23 disciplinas. Óscar Figueroa obtuvo medalla de oro en levantamiento de pesas; Mariana Pajón, en BMX y Caterine Ibargüen, en salto triple. Yuri Alvear consiguió medalla de plata en judo y Yuberjen

Martínez, en Boxeo. Ingrit Valencia ganó medalla de bronce en boxeo; Luis Mosquera, en levantamiento de pesas y Carlos Ramírez, en BMX. También sobresalieron otros deportistas al obtener diploma olímpico, entre ellos se encuentran: Ubaldina Valoyes, en levantamiento de pesas; Carolina Castillo, en lucha libre; Fabián Puerta, en ciclismo de pista; Jhon Fredy Murillo, en atletismo y Mercedes Pérez, en levantamiento de pesas. Vale la pena destacar que Colombia debutó en modalidades como golf y rugby 7.

## Capítulo IV

### El perfil periodístico como propuesta narrativa

El Nuevo Periodismo es una corriente que se popularizó, en primera instancia, en Estados Unidos y Europa. Comenzó a difundirse a partir de la década de 1960 y designó el nombre de un movimiento que revivió las técnicas narrativas de la novela realista del siglo XIX.

De acuerdo con el cronista Juan José Hoyos, los periodistas que conformaron ese movimiento “lideraron una revolución silenciosa contra las normas congeladas del llamado *periodismo objetivo*, basado en el estilo noticioso, que empezaba a agotarse después de dominar durante más de medio siglo las salas de redacción de los periódicos de casi todo el mundo.” (Hoyos, 2003, p. 347).

El Nuevo Periodismo, el nombre que eligió el periodista norteamericano Tom Wolfe, comenzó a gestarse durante las décadas del cuarenta y el cincuenta. Revistas literarias como *The New Yorker* empezaron a promover el desarrollo de unos proyectos que consistían en liberar a un periodista de su trabajo rutinario para que investigara a fondo una historia.

Uno de los proyectos más exitosos fue el que realizó John Hershey, quien fue a Hiroshima en 1945 para reconstruir la historia de varios sobrevivientes a la explosión de la primera bomba atómica que lanzó Estados Unidos al finalizar la Segunda Guerra Mundial.

También sobresalió el trabajo de Joseph Mitchell. En la década del cincuenta publicó diferentes relatos acerca de la vida de los pescadores, la contaminación del río Hudson, los mercados populares y los bares de Nueva York. En su trabajo desarrolló una gran capacidad descriptiva utilizando detalles, colores y olores.

El trabajo de Truman Capote es otro ejemplo de la propuesta del Nuevo Periodismo. Este autor se dedicó durante cinco años a reconstruir el asesinato a los miembros de una familia de granjeros que sucedió en el poblado de Holcomb, Kansas. Viajó en varias ocasiones al pueblo donde sucedió el crimen para recopilar la información necesaria que permitiera mostrarle al lector cómo fue el último día de la familia Clutter, el asesinato, la captura de los homicidas y el proceso hasta que fueron ejecutados.

La historia que escribió Capote, titulada con el nombre *A sangre fría*, demostró que es posible contar los hechos sin necesidad de quedarse en la noticia. Él fue más allá: gracias al trabajo de campo profundo y mediante herramientas como diálogos contundentes, escenas y descripciones logró elaborar un relato con características literarias para que el lector pudiera imaginar los hechos como si estuviera viendo una película.

Como asegura Juan José Hoyos (2003),

*los nuevos periodistas y los periodistas literarios*, en últimas volvieron a introducir en el periodismo moderno —y sobre todo en géneros como el reportaje, la crónica, la entrevista y el perfil— técnicas narrativas empleadas antes por la literatura y por algunos grandes escritores que también gastaron sus vidas en el oficio del periodismo. (p. 357)

De esta forma, con la expresión Nuevo Periodismo se designó a los relatos periodísticos de calidad literaria, es decir, escritos como una novela o un cuento pero siempre basados en hechos reales.

La revista *The New Yorker* continuó trabajando en ese tipo de historias y las alternaba con la publicación de perfiles periodísticos de personajes como deportistas famosos, artistas, políticos y empresarios.

Durante sus comienzos, en la década de 1930, el perfil era casi siempre sobrio y abarcaba información como el aspecto físico del personaje, fechas y lugares importantes, anécdotas, sus ambientes y sus intereses. Este tipo de datos se reunían en una misma historia y de manera cronológica para resaltar un ángulo de la vida del personaje, o dibujar algunos de sus rasgos.

Con el Nuevo Periodismo, el perfil también recurrió a técnicas narrativas de la literatura. Los datos dejaron de ser presentados de una manera tan formal y cronológica y se trabajaron bajo una habilidad narrativa llena de imágenes y detalles.

La difusión de ese nuevo estilo significó un reencuentro entre el periodismo y la literatura. Los periodistas comprendieron que la vieja pirámide, en la cual se basaban para contar los hechos, no siempre debía ser invertida. El periodismo recuperó el poder de las formas narrativas que caracterizaban el género literario de la novela.

De acuerdo con Alberto Salcedo Ramos, periodista colombiano, “el periodismo literario no es un instrumento para falsear la realidad, ni para inventarla. Y tampoco es un pretexto para reemplazar la información con metáforas. (...) Es captar el fondo de las situaciones que vemos.” (Caballero, Carvajal, España, Fiorillo, Galán, Galeano, Hoyos, Iriarte, Salcedo, Sánchez, 2006, p. 138).

Contar una historia que surge desde hechos reales también significa explorar los estados de ánimo del personaje, la interacción con su entorno, los motivos y antecedentes de su comportamiento. Se trata de conocerlo bien para luego transmitirle al lector una idea muy cercana respecto a su forma de pensar y de actuar.

Escribir un perfil con las herramientas de la literatura no consiste en contarle a lector cómo es el personaje, sino más bien mostrárselo mediante frases, acciones, imágenes y el ambiente que lo



rodea. “Los periodistas literarios saben que (...) las buenas narraciones aspiran a ser una representación de la vida. Por eso procuran atrapar a través de escenas, la esencia de los sucesos y personajes sobre los cuales escriben” (Caballero et al, 2006, p. 141).

El perfil es menos que una biografía en cuanto no abarca cada episodio de la vida del protagonista, sino que de forma inmediata presenta un momento clave o detalle definitorio. A partir de esa idea, el periodista puede jugar con el tiempo y moverse hacia atrás o hacia adelante para tratar de responder las preguntas que el público pueda hacerse sobre el personaje:

El perfil narrativo, tal como fue desarrollándolo la escuela New Yorker, comienza con una escena clave, el momento en que todo adquiere sentido, donde vemos al protagonista en un momento que nos dice mucho de él o ella pero nos deja también con preguntas e inquietudes, es decir, con ganas de seguir leyendo. (Herrscher, 2012, p. 196).

Pero al mismo tiempo, este género es más que una biografía porque va más allá de datos simples como lo son la fecha de su de nacimiento, a qué se ha dedicado, en qué entornos ha estado, sus relaciones, entre otros. Estos datos se pueden encontrar con facilidad en otro tipo de textos e informan, de manera sencilla, quién es la persona.

La intención del perfil no es solo informar, es develar al personaje para que el lector establezca sus propias conclusiones a través de los detalles. No es lo mismo decir que la persona toca la guitarra, a contar mediante descripciones cómo lo hace: ¿cómo desliza sus dedos a lo largo de las cuerdas del instrumento, cómo marca el compás y cuáles son sus gestos?

Juan José Hoyos expone cuáles son los cuatro procedimientos narrativos del periodismo literario para lograr una atmósfera rica y hacer un retrato minucioso y a fondo de la persona. Los procedimientos son: la narración escena por escena, el registro de las frases que dicen los

personajes, la participación de un narrador focalizado y la relación de gestos, costumbres y modos de comportamiento para expresar su posición en el mundo.

La escritura escena por escena consiste en reemplazar la narración histórica, basada en el resumen, por la construcción dramática de la escenificación. El propósito es lograr que quien esté leyendo la historia vea las acciones del personaje como si estuvieran sucediendo frente a sus ojos. La voz del narrador parece esfumarse para dar lugar a los acontecimientos, como si no existiera un intermediario entre el personaje y el lector.

Este tipo de narración ha llevado a los periodistas a modificar su labor de reportería. No solo basta con entrevistar al protagonista, también es indispensable ser testigo de diferentes escenas de su vida. Por esta razón Leila Guerriero, escritora y periodista argentina, asegura que el arte de hacer un perfil consiste en saber mirar.

En el perfil las escenas hablan por sí solas. No es necesario decir que la persona es malhumorada, sino que la descripción misma de su comportamiento insinúa cómo es su forma de actuar:

La escena, además, permite al narrador sugerir un montón de cosas que en una narración simplemente histórica deberían explicarse, por ejemplo el estado de ánimo de los personajes: mediante los diálogos, las acciones y los gestos, el lector deduce casi toda la información, sin necesidad de que el relato entre en demasiadas precisiones. (Hoyos, 2003, p. 363).

El segundo procedimiento, el registro del diálogo y las frases del protagonista, permite caracterizar de forma rápida al personaje. Su empleo deriva de su utilización en la tragedia y otras obras de estilo teatral. El propósito es fijar, con pocas palabras, al personaje en la mente del lector.

La focalización del relato, que hace referencia al tercer procedimiento, consiste en elegir a una persona como foco principal de la narración y la mayor parte de la historia se muestra desde su ángulo. La focalización genera en el receptor la sensación de estar metido en la piel de personaje y de experimentar el mismo enfado, miedo o la misma alegría que él siente.

Aunque haya otras voces, como familiares o amigos, predomina es lo que hace y expresa el personaje sobre el cual se está escribiendo el perfil. El objetivo de las otras voces es enriquecer la información del protagonista.

El cuarto procedimiento es establecer una relación de detalles simbólicos, como sus gestos, sus hábitos y sus expresiones, que permita exponer cuáles son sus gustos, deseos o los sueños que quiere alcanzar en la vida. El recuento minucioso del ambiente que rodea al personaje puede crear en el lector la sensación de haber estado dentro de esos espacios.

De esta forma, la descripción de los espacios es importante para llevar a cabo esa relación. “Dedicarle tiempo a la descripción de los espacios por los cuales se mueve nuestro personaje (...) no nos aleja de lo esencial, sino que nos acerca. Así desembocamos en la sentencia de García Márquez: <<el mejor recurso literario es contar la verdad>>” (Caballero et al, 2006, p. 139).

Escribir con técnicas literarias el perfil periodístico de un deportista olímpico consiste en aprovechar los sentidos para jugar con ellos y mostrarle el protagonista al lector, como si fuera él quien lo estuviera viendo y escuchando y no el periodista.

Para mostrar cómo es el deportista, el escritor debe convertirse en una cámara: capta los hechos con fidelidad, juega con diferentes planos y no tiene barreras de tiempo ni de espacio.

Después de haber estado con el personaje el tiempo suficiente, el reto es reproducir esa película y plasmarla de forma escrita para que el receptor la vea tal cual se grabó.

No basta con decir que Danilo Caro es tirador; Rodrigo Díaz, jinete; Angie Orjuela, atleta; Víctor Hugo Ortega, clavadista; y Andrey Quintero, velerista. Esos datos se pueden encontrar en una biografía; pero es a través del perfil cómo se pueden mostrar las acciones que ellos hacen en su respectivo deporte.

¿Cómo agarra Danilo la escopeta? ¿Cómo se monta Rodrigo sobre sus caballos? ¿Cuáles son los gestos de Angie al correr? ¿Qué sucede con el cuerpo de Víctor tan pronto salta del trampolín? ¿Andrey cómo maniobra el barco? Son este tipo de detalles los que permiten llevar a cabo la narración escena por escena.

Como afirma Julio Villanueva Chang, director de la revista Etiqueta Negra, cualquier insecto es una explicación. El rosario que siempre lleva puesto Danilo o los aretes que Angie nunca se quita podrían parecer insignificantes, pero tienen su justificación. Y es también mediante esos objetos simbólicos que el lector puede crear una idea de cuáles son las razones que los motivan a comportarse de determinada manera.

El empleo de metáforas en las historias de los deportistas es un recurso que facilita el trabajo del lector. Consiste en construir imágenes cercanas al receptor para que pueda captar una descripción con rapidez.

Finalmente, el objetivo de los perfiles es crear historias que puedan ser recordadas. Las escenas, las frases contundentes, los detalles y la descripción muestran la grandeza de cada uno de los deportistas. Más allá de su fecha de nacimiento o de los lugares en donde han vivido, son

su forma de actuar y de expresarse las imágenes que en realidad perduran en la mente de quien las ve.

## Conclusiones

El deporte de alto rendimiento desarrolla en sus practicantes una nueva mentalidad. Los deportistas se convierten en personas autoconscientes, capaces de reconocer en sí mismas sus errores y fracasos para trabajar en ellos. Entrenar a diario y asistir con frecuencia a diferentes competencias de carácter mundial forjan en los atletas un valioso nivel de autocontrol.

El caso del clavadista Víctor Hugo Ortega ejemplifica la idea anterior. Durante la entrevista, él mencionó que el deporte lo ayudó a reflexionar sobre algunas actitudes que asumía. En la medida en que empezó a convertirse en un deportista de alto rendimiento, aprendió a controlar sus emociones, a reconocer el momento y el tono adecuados para expresar lo que piensa sin hacerle daño a otra persona. Es decir: los saltos ornamentales forjaron en él, a través de la disciplina, la capacidad de pensar en las actitudes que asumía con otras personas y que para él, no eran correctas. De esta manera, las prácticas deportivas sí desarrollan capacidades en los atletas para corregir los errores y, de esta forma, aplicar valores que favorecen a la sociedad.

Por otro lado, la necesidad de ordenamiento también ha llevado a los deportistas a cumplir sus objetivos. Las celebraciones de los Juegos Olímpicos en la antigua Grecia demostraban todo el proceso de preparación que los competidores llevaban a cabo para participar en las olimpiadas. Con el propósito de prepararse de la mejor forma posible establecían sus horarios de entrenamiento, las rutinas que iban a seguir cada día, los elementos con los que iban a trabajar y de qué manera se complementarían esas prácticas. Y esa rigurosidad ha permanecido a lo largo del tiempo. Por ende, la responsabilidad de Andrey Quintero, Danilo Caro, Angie Orjuela, Rodrigo Díaz y Víctor Hugo Ortega para cumplir paso a paso cada rutina les ha dado la posibilidad de alcanzar metas, dentro de las cuales está representar a Colombia en los Olímpicos.

Los deportistas mencionados con anterioridad demostraron durante los encuentros con ellos esa preocupación, al igual que los antiguos griegos, por estar en óptimas condiciones para entrenar y competir. Por esta razón ellos no beben licor, no asisten a fiestas o reuniones que les impidan dormir temprano y son rigurosos con las dietas. Para llegar a esa competencia deportiva de carácter mundial es necesario adquirir un compromiso con las exigencias físicas y psicológicas que impone el deporte de alto rendimiento.

La historia de la participación de Colombia en los Juegos Olímpicos evidenció que en cada nueva versión de las olimpiadas es mayor el número de deportistas del país que asiste a ese encuentro deportivo. Por esta razón existen cientos de atletas colombianos olímpicos con una historia distinta, y esa heterogeneidad de relatos fue lo que hizo aún más interesante el hecho de indagar acerca de la representación del país en esa cita mundial.

Colombia ha participado en los Juegos desde 1932 a través de veinte deportes. Por consiguiente, fue relevante conocer las historias de deportistas que practican una disciplina distinta a fútbol y ciclismo. Hablar con ellos, verlos en acción y realizar sus perfiles también permitió explorar y entender cómo funcionan ciertas disciplinas que por lo general no son protagonistas en los medios de comunicación del país.

La información que se recopiló durante la investigación previa al trabajo de campo y la elaboración de los perfiles de los cinco deportistas permiten establecer que la grandeza de quienes han representado a Colombia en los Juegos Olímpicos radica es en su capacidad de superar obstáculos para alcanzar una meta.

Un rasgo común en Danilo, Angie, Rodrigo, Víctor y Andrey es la disposición para enfrentar los retos. A pesar de las dificultades, ya sean económicas o lesiones físicas, ellos continúan

esforzándose a diario. Más allá de querer estar en el podio de los Olímpicos, uno de sus objetivos más destacados es representar al país con humildad e ilusión, sin importar si no logran obtener una medalla. El rigor y compromiso con los que llevan a cabo sus actividades deportivas son las características principales que definen en ellos su grandeza.

Los medallistas olímpicos colombianos han evidenciado suficientes capacidades y razones para hacer parte del discurso de los medios de comunicación. Por este motivo, la investigación que se expuso en este trabajo no propone que los periodistas deportivos dejen de hacer referencia a ellos; se trata de lograr un nuevo planteamiento respecto al cubrimiento que se hace a la participación de Colombia en la cita orbital, mediante la inclusión de nuevos relatos que pueden ser igual de atractivos a los de aquellos que se han colgado una presea en ese encuentro deportivo.

Los perfiles de Andrey, Víctor, Angie, Danilo y Rodrigo demuestran que también es importante y necesario narrar las historias de quienes no han subido al podio porque ellos, al igual que los medallistas, han recorrido un camino largo y difícil para llegar a ese momento: representar al país en la competencia que reúne a los mejores deportistas del mundo.

De acuerdo con el planteamiento anterior, es posible establecer que no solo es significativo estar en unas olimpiadas. El recorrido que hacen los atletas para alcanzar ese destino y estar entre los mejores a nivel mundial, en algunas ocasiones puede llegar a ser más valioso que la misma participación.

Un gran ejemplo que ilustra esta idea es la experiencia de Angie Orjuela. Tan pronto tuvo a su hija, Shalane, comenzó el proceso de clasificación para los Olímpicos. Hizo diferentes sacrificios, como no compartir suficiente tiempo con su hija durante esa etapa, para mejorar su



desempeño y ganarse un cupo a Río. En la entrevista se refirió a ese momento y aseguró que más allá de haber estado en los Juegos y de haber sido la mejor colombiana en la maratón, valoró a gran escala todo el esfuerzo que hizo para alcanzar ese sueño por el que tanto había luchado.

De acuerdo con las entrevistas que se realizaron se puede establecer que el apoyo a los deportistas, en algunos casos, puede ser condicional. Durante la conversación con Danilo, él comentaba que en Colombia para hacer parte de un programa que estimule un mejor rendimiento en los atletas es indispensable obtener excelentes resultados en cada competencia; así como incluyen a un deportista en un programa de esos, lo pueden retirar si no logra ganar o sobresalir. Para él, este es un acto injusto porque el apoyo debería ser incondicional. Además, esto dificulta el proceso de preparación para llegar en las mejores condiciones físicas y psicológicas a las olimpiadas.

Por otra parte, cuando los protagonistas de los perfiles quieren explicar de qué manera entienden y enfrentan la vida, recurren a las características de sus respectivas disciplinas para hacerlo. Según Andrey, la vida es como la navegación: para llegar al destino que uno quiere, debe valerse de las adversidades y no luchar contra ellas. Danilo considera que para alcanzar un sueño es necesario tener paciencia, al igual que en el tiro, para derribar el objetivo. Para Angie su rutina diaria es como el atletismo: consiste en fijar una meta y correr hacia ella sin dejarse vencer por el cansancio adquirido a lo largo del camino. Por consiguiente, el deporte se convierte en una metáfora que ellos utilizan para entender las situaciones cotidianas que se les presentan.

Es así como los valores que los deportistas olímpicos adquieren, desarrollan y aplican en sus respectivas disciplinas los extienden a otros ámbitos de sus vidas. Danilo Caro demuestra esta afirmación. Él está seguro de que si es capaz de ser honesto, leal con sus contrincantes y riguroso

para cumplir cada norma del tiro deportivo también debe comportarse de manera correcta en su rutina diaria. Por este motivo, él nunca comete infracciones de tránsito, siempre utiliza un lenguaje adecuado al expresarse, cumple su palabra, no irrespeta los turnos de los demás y continuamente está dispuesto a ayudar a quien lo necesite.

De esta manera, los valores de las prácticas deportivas favorecen el aprendizaje acerca de cómo debe ser el comportamiento dentro de la sociedad. Las actitudes que Angie, Andrey, Rodrigo, Víctor y Danilo asumen en el deporte las aplican de igual manera en el estudio, el trabajo y las relaciones con sus familiares y amigos.

Al poner en práctica los valores del deporte en otros campos de su vida, los atletas asimismo buscan convertirse en un ejemplo para la sociedad. El ideal de progreso, el compromiso, la disciplina, la honestidad, la paciencia y el coraje que los caracterizan les permiten demostrarles a los espectadores que sí es posible alcanzar grandes objetivos. Sus historias ejemplifican el espíritu de superación, la capacidad de luchar por un sueño y de entender los fracasos como enseñanzas.

La estrategia pedagógica en la que trabajó Andrey Quintero el año pasado es uno de los ejemplos de la conclusión anterior. Él estuvo vinculado al proyecto social TEC (Tiempo Escolar Complementario) y consiste en llevar historias de vida de diferentes atletas de Bogotá a los colegios de más bajos recursos de la ciudad. Andrey decidió formar parte de esa estrategia para enseñarles a niños y adolescentes su propia historia, con la intención de que esta pudiera convertirse en una inspiración para ellos, en un ejemplo a seguir.

Asimismo es posible concluir que participar en unos Juegos Olímpicos para los deportistas no es un acto que solo consiste en llevar su nombre y talento a otra nación. Para ellos, competir en

ese encuentro deportivo a nivel mundial implica, sobre todo, adquirir un compromiso con su país para dejar el nombre de Colombia en alto.

Por otro lado, el Comité Olímpico Colombiano no es un medio eficaz para lograr un primer acercamiento con los deportistas. A pesar de los mensajes que se escribieron a través de las redes sociales, de las llamadas y de la carta que se le envió al presidente del Comité nunca hubo respuesta frente a la solicitud de ayuda, por lo que no fue posible contar con su apoyo para la elaboración de este proyecto de investigación.

A diferencia de lo que sucedió con el Comité, las Federaciones sí fueron una fuente efectiva para establecer el acercamiento con los atletas que conforman los perfiles. Al llamar a la Federación de tiro, de euestre y de atletismo las personas encargadas de inmediato mostraron interés por lograr que se llevaran a cabo cada una de las entrevistas con los deportistas. Al mismo tiempo, las redes sociales representan un medio viable para realizar el contacto. En este caso, mediante Facebook se estableció de manera rápida una comunicación con Andrey Quintero y con Víctor Ortega.

Respecto a la propuesta narrativa, recurrir a la técnica del periodismo literario para elaborar los perfiles de este trabajo posibilitó mostrar a cada uno de los personajes como un ser humano y no simplemente a través de su desempeño. Manifestar sus gestos, acciones, movimientos, palabras y recuerdos hace sentir al personaje como una persona cercana, quien al igual que cualquier otro individuo de la sociedad tiene temores, victorias y fracasos. Implementar ese estilo narrativo es eficaz porque, a diferencia del género de noticia, facilitó que el lector imagine al deportista como si lo tuviera en frente.

Además, escribir un perfil con las técnicas literarias obliga al periodista a ser más sensible durante el trabajo de campo. Es decir: debe estar en la capacidad de jugar con sus sentidos para captar los detalles, aquellos que le dan un valor a la narración y al personaje. El estilo narrativo también le exige al periodista dejar los juicios a un lado, porque su función es llevar al lector a lo largo de una película sin necesidad de calificar las acciones del protagonista.

Finalmente, ahondar en los recuerdos de la infancia no es un recurso monótono. Por el contrario, a través de los relatos que los deportistas hicieron respecto a ese momento específico de su vida fue posible entender el porqué de su comportamiento actual.

## Bibliografía

- Acosta Montoro, J. (1973). *Periodismo y literatura*. Madrid: Guadarrama SA Ediciones.
- Adarme Rodríguez, S. A., & Pontificia Universidad Javeriana Facultad de Teología. (2004). *Significado cultural y teológico del deporte* (1a ed.). Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Caballero Holguín, A., Medina P., G., & Caja de Compensacion Familiar de Antioquia. (2006). *Literatura y periodismo dos lenguajes afines* (1a ed.). Medellín: Comfama.
- Elias, N., & Dunning, E. (1992). *Deporte y ocio en el proceso de la civilización* (1a ed.). México: Fondo de Cultura Económica.
- García Ferrando, M., Puig Barata, N., Lagardera Otero, F., Durán González, J., Ispizua Uribarri, M., Latiesa Rodríguez, M., Martínez del Castillo, J. (1998). *Sociología del deporte*. Madrid: Alianza.
- Gómez Sáenz, J. N., & Pontificia Universidad Javeriana Facultad de Ingeniería. (2004). *Mi maestro...el mar experiencias de una travesía a vela* (1a ed.). Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Hernández, A. (2016, Lunes, 08 de agosto). Colombia en los juegos olímpicos. *Razón Pública*
- Herrscher, R. (2012). *Periodismo narrativo cómo contar la realidad con las armas de la literatura* (1a ed.). Barcelona, España: Universitat de Barcelona, Publicacions i Edicions.
- Hoyos, J. J. (2003). *Escribiendo historias el arte y el oficio de narrar en el periodismo*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Hurtado de Barrera, J. (2010). *Metodología de la investigación guía para la comprensión holística de la ciencia*. Caracas, Venezuela: Quirón Ediciones.

- Kapuscinski, R., Escamilla, Ó., & Esquivada, G. (2003). *Los cinco sentidos del periodista (estar, ver, oír, compartir, pensar)*. México: Fondo de Cultura Económica Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano Fundación Proa.
- Kovach, B., Rosenstiel, T., & Diéguez Rodríguez, A. (2004). *Los elementos del periodismo*. México: El País.
- de Moragas, M. (1985). *Sociología de la comunicación de masas* (3a ed.). Barcelona: Gustavo Gili.
- Martín-Barbero, J. (2001; 1987). *De los medios a las mediaciones comunicación, cultura y hegemonía*. México: Gustavo Gili.
- McQuail, D., & Ducher, P. (2010; 1985). *Introducción a la teoría de la comunicación de masas* (Nueva, revisada y aumentada ed.). Barcelona, España; Buenos Aires: Ediciones Paidós.
- Paoli, J. A. (1983). *Comunicación e información perspectivas teóricas* (3a ed.). México: Trillas.
- Pastor Muñoz, M., Villena Ponsoda, M., & Aguilera González, J. L. (2008). *Deporte y olimpismo en el mundo antiguo y moderno*. Granada: Universidad de Granada.
- Pena de Oliveira, F., & Márquez Martín, J. (2011). *Teoría del periodismo* (2a ed.). Sevilla, España: Comunicación Social Ediciones y Publicaciones.
- Rueda, J. (2005). Colombia olímpica: Hazañas y desengaños en la historia deportiva del país. *Revista Credencial*, (127)
- Salvador, J. L. (2009). *El deporte en occidente grecia, roma, bizancio* (1a ed.). Madrid, España: Ediciones Cátedra Grupo Anaya.
- Schramm, W. (1964). *Proceso y efectos de la comunicación colectiva*. Quito: Ciespal.
- Vicente Leñero, C. M. (1986). *Manual de periodismo*. México: Editorial Grijalbo S.A. de C.V.

Vilches, L. (2011). *La investigación en comunicación métodos y técnicas en la era digital*. Barcelona, España: Editorial Gedisa

## Anexos

Anexo 1: perfil titulado *Un deportista del alto calibre*

### **Un deportista de alto calibre**

Danilo Caro aún no sabe cómo es vivir sin una escopeta. Tiene 51 años y todavía se prepara para apuntar y apretar el gatillo. Lo hace en el momento justo, cuando el blanco ya no tiene otra opción sino ser destrozado por la munición del tirador.

Ubica su pierna izquierda más delante de la derecha y luego flexiona las rodillas. Se inclina y sujeta bien el arma. El ceño se alcanza a fruncir. Su posición parece la de un cazador que acaba de identificar su presa.

Está participando en una competencia nacional en Nilo, Cundinamarca. La temperatura es de 34 grados centígrados. Las gotas de sudor se escurren por su rostro. Es su turno para disparar. Fija la atención en un punto de referencia color naranja que se encuentra encima de la boca de la escopeta.

Mantiene la postura y pronuncia la vocal *o* frente a un micrófono. De repente, un platillo sale volando en el centro a 110 kilómetros por hora. Tan pronto lo ve sube el arma para perseguirlo y después aprieta el gatillo. El blanco acaba de romperse. Su tiro fue efectivo.

Este es un deporte de tradición familiar. Creció viendo cómo su abuelo y su padre identificaban el objetivo en la mira. Su primer disparo lo hizo cuando tenía nueve años. Desde entonces, se ha dedicado a perfeccionar la técnica y a trabajar en su capacidad de concentración.

La competencia en Nilo se inició a las 8:30 de la mañana. Su especialidad es la fosa olímpica. Él se está preparando para una serie de 25 platos. Acomoda bien su gorra, ajusta sus gafas y se pone



el chaleco sobre una camisa roja. Abre una caja pequeña y saca unos cartuchos. Empieza a caminar para dirigirse a la cancha.

El chaleco es rojo. Atrás tiene grabados su apellido y la letra inicial de su nombre: “Caro D.”. La mitad de la parte delantera está hecha con una tela y la otra mitad, con cuero. A la derecha tiene un gancho que sujeta una toalla azul. Hay dos bolsillos grandes en su inferior. Ambos están estirados: en ellos lleva la munición.

Acaba de llegar a la cancha. La voz de un hombre anuncia quiénes son los cinco deportistas que conforman el siguiente grupo para disparar. Danilo escucha su nombre y ubica los tapa-oidos en su lugar. Coge la escopeta y se aísla.

Él se dirige a la estación número cinco. Pone la boca del arma contra el piso y con la mano derecha sujeta la culata. Agacha su cabeza y mira con atención el suelo. Empieza a mover el pie como si estuviera marcando el compás de una canción.

Mientras los otros cuatro deportistas terminan de acomodarse y charlan entre sí, él permanece en esa postura: estático y con la cabeza agachada. No habla con nadie.

Hernando Vega, un amigo suyo que también es tirador, lo observa y dice: “Así es él. Tiene un nivel de disciplina muy alto. Esa posición la repite 25 veces, después de que dispara cada disco.” Si en algo coinciden las personas que lo conocen es en su disciplina y rigor.

“Mis compañeros del colegio siempre me dijeron que yo iba a ser cura porque a mí nunca me gustó la recocha”, afirmaba Danilo durante un encuentro con Guillermo, un amigo del colegio. Él era quien ponía orden cuando no había profesor en el salón. Les pedía a todos que se sentaran y se portaran bien.

Una de las anécdotas que recordó en ese encuentro fue la excursión que hicieron a Santa Marta en su último año escolar del colegio Leonardo Da Vinci. Cuando empezaron a distribuir los cuartos en el hotel sus compañeros decidieron que él iba a dormir con Lucho, el profesor de matemáticas. Nadie quería compartir habitación con él para evitar que les dañara la diversión.

En las noches, todos se iban de fiesta o hacían fogatas frente al mar. Pero nunca los acompañó. Sabía cuál era su plan: no trasnochar, porque se levantaba a las seis de la mañana para ir a trotar a la playa. “Mi esquema mental siempre ha sido muy rígido. Por eso, la excursión me la gocé a mi manera: sin trago, sin fiestas y sin recocha”, decía Danilo Caro.

Guillermo reía escuchándolo hablar sobre ese viaje. Recordaba que incluso le decían Hermano Cartujo, porque los Cartujos son una Orden de la Iglesia Católica y sus miembros son personas muy introvertidas.

Pero su rigor es el que le ha permitido afinar la puntería. Uno de los jueces de la competencia dice: “Tiradores, a sus puestos”. Él ya se había ubicado en su lugar hacía diez minutos.

Empieza la serie. Los deportistas están situados en línea recta y disparan de acuerdo al número de cada estación: comienza quien está ubicado en la primera. Nacho, un niño de trece años, se encuentra en la cuarta. Finaliza su disparo y ahora es el turno de Danilo.

Él no está pendiente de los resultados de sus rivales. Solo levanta la mirada cuando sea su turno. Alza el arma y toma la postura del cazador: la pierna izquierda más adelante y las rodillas flexionadas, una postura que repite con rigor y disciplina.

Cada vez que coge su escopeta pone sus manos en la misma posición. Ubica la cantonera del arma contra su hombro derecho. Con la mano izquierda aprieta el guardamanos. El dedo índice de la mano derecha está frente al gatillo y el pulgar alcanza a rozar su nariz.

Inclina su cabeza hacia adelante. Pega el cachete contra la culata. Los músculos de los brazos se marcan a la perfección. Ya está listo para realizar el tiro.

Tan pronto pronuncia su comando de voz, la vocal *o*, un plato vuela hacia la derecha a 45 grados. Gira su tronco con rapidez. Dispara y a lo lejos observa que destroza el blanco como un vidrio que se rompe. En la parte de atrás de la cancha, un juez está marcando los puntos. Desliza una ficha blanca para indicar que su tiro fue efectivo.

Sopla el cañón para que no quede pólvora. Seca el sudor de su rostro con la toalla y bebe un sorbo de agua. Luego se dirige a la primera estación para llevar a cabo el segundo disparo.

Abre una llave de la escopeta y la recarga. Del bolsillo del chaleco saca dos municiones y las introduce en el cañón. Agacha la cabeza. Debajo de su camisa roja tiene colgado un rosario de madera.

Aunque no se convirtió en cura, como lo aseguraban sus compañeros del colegio, sí tiene una relación muy cercana con Dios. Es un hombre espiritual. Reza el rosario todos los días. Reproduce una grabación en su celular y va siguiendo las oraciones.

“Danilo no solo reza, sino también profesa”, comenta su entrenador, Santiago Mejía. Él nunca incurre en faltas, no tiene mal lenguaje y siempre está dispuesto a ayudar y a ceder el paso. Jamás comete una infracción de tránsito. No excede los límites de velocidad. Conoce cada regla de juego y se preocupa por seguirlas al pie de la letra.

Le corresponde a Caro realizar el segundo disparo. Al frente de los deportistas solo hay paisaje rural. De una montaña se desprenden árboles, matas, pasto y flores. En ella también se alcanzan a observar discos en perfecto estado, los que no fueron destruidos por los tiradores, y trozos pequeños de los que sí lo fueron.

Cada blanco es color naranja y tiene el mismo tamaño de un CD. Su diámetro es de 11 centímetros y está hecho de betún y óxido de calcio.

Fija su atención en el punto de referencia de su escopeta. Tres máquinas lanzadoras están enterradas en una fosa. Una de ellas está a punto de lanzar un disco, pero él no sabe cuál porque es de forma aleatoria.

El plato sale a quince metros de distancia del tirador. Vuela a la izquierda y él aprieta el gatillo dos veces, la cantidad de oportunidades que tiene para derribarlo. Pero esta vez, falló. El disco sigue su trayecto y luego se pierde entre la montaña.

El juez desliza una ficha roja para indicar que el tiro no fue efectivo. Danilo infla sus cachetes como gesto de decepción y después agacha la cabeza. Retira del cañón los dos cascarones, los plásticos en los que están los perdigones de la munición, y los lanza dentro de una red. Vuelve a secar el sudor y luego se dirige a la siguiente estación.

Solo él sabe por qué falló, pero no debe reprocharse. Después de haber identificado el motivo, piensa en el siguiente plato. Si continúa arrepintiéndose por no haber destrozado el anterior, va a cargar su mente con información negativa.

Con Santiago ha trabajado la preparación mental. Cada vez que Danilo falla un plato, enseguida debe lidiar con la situación. Cuando piensa en algo negativo es como si montara un oso polar

encima de él: representa un peso que no le va a permitir realizar el siguiente disparo como quiere.

Cada vez que siente el oso polar, debe bajarlo de inmediato. Para lograrlo utiliza diferentes anclas que le regresan su nivel de atención. Una de ellas es una bola que él mismo hizo con las boquillas de unas bombas. Cuando necesita concentrarse introduce su mano en el bolsillo del chaleco y aprieta la bola para pensar en una persona, situación o lugar que lo tranquilice. De inmediato el animal imaginario y frío desaparece, cambia su ritmo respiratorio y vuelve a estar listo para disparar.

Otras de las técnicas que utiliza como anclas son contar los cartuchos del suelo cuando está con la cabeza agachada y repetir durante toda la ronda palabras claves que le dan ánimo. En uno de los bolsillos del chaleco guarda un trozo de cartón en el que tiene escritas esas palabras y unas frases como: encarar mirando al frente y ajustar la espalda.

La preparación mental implica realizar unos ejercicios como rutina diaria. Uno de ellos es armar un rompecabezas en un tiempo máximo de veinte minutos. El otro consiste en utilizar, durante siete o diez minutos, Luminosity, una aplicación del celular. En ella realiza diferentes juegos enfocados en cinco áreas del conocimiento: velocidad, memoria, atención, flexibilidad y resolución de problemas.

Él ya lidió con el plato que falló. Vuelve a concentrarse. Todavía le quedan 23 discos. Acomoda bien el arma porque ya es su turno. Sus ojos permanecen abiertos: siempre apunta con los dos. Pronuncia su comando de voz, pero ningún blanco sale. El juez dice “No target” y él baja la escopeta.

Estaba listo para disparar, pero la ausencia del blanco lo desconcentró. Así que vuelve a agachar la cabeza y respira profundo para recuperar la atención. Después de unos segundos levanta la mirada. Repite el comando. Un plato vuela a la derecha y él lo derrumba. Esta vez el oso polar no se trepó encima de él.

La última serie de clasificación para la final acaba de terminar. Los deportistas pasaron cinco veces por cada estación. Él obtuvo el mejor resultado: acertó 23 platos de 25. Se quita los tapaoídos y dice: “No me fue tan bien. Me tengo que concentrar más en la final”. Cuelga la escopeta sobre el hombro y sale de la cancha.

Para llegar a la final, los tiradores deben disparar cinco series de 25 platos. Los resultados se acumulan y quienes tengan los seis puntajes más altos son los que disputan las tres medallas. Danilo clasificó de segundo: partió 117 blancos de 125.

Son las 11:30 de la mañana. Los seis deportistas deben esperar hasta la 1:00 de la tarde para competir. Mientras pasa el tiempo, se congregan detrás de las canchas en un espacio cubierto para protegerse del sol. Algunos comparten con los espectadores. Otros se recuestan en hamacas. Comen y beben algo. Todos están ahí, excepto Danilo Caro.

Él está lejos de la multitud, en su camioneta y bajo la sombra de un árbol. “A mí no me gusta sentarme allá a compartir con todos porque empiezan a comentar sus resultados y eso me desconcentra”, dice.

Prende el aire acondicionado y de una nevera saca una lata de atún. Coge porciones pequeñas y las combina con tostadas de maíz. Permanece ahí sentado, frente al volante. Los osos polares deben estar lejos.

Él está seguro de sus capacidades. No se siente viejo ni con menos posibilidades para competir. Ha ganado cinco medallas panamericanas y, junto al jinete Manuel Torres, es el colombiano que más veces ha participado en los Juegos Olímpicos. Ha competido en cinco versiones: Atlanta, 1996; Sídney, 2000; Atenas, 2004; Londres, 2012; y Río, 2016.

Cuando empezó a disparar, en el año 1974, disfrutaba ver un programa alemán en el que mostraban deportes inusuales y competencias internacionales, como las olimpiadas. “Veía ese espacio y soñaba con ir a los Olímpicos como si fuera a ir a la luna”, asegura.

El hecho de participar a los 15 años en una Copa Mundo, incrementó su obsesión por llegar a los Olímpicos. Su hermano Mauro recuerda que en la época del colegio mientras él salía de fiesta y pasaba tiempo con sus amigos y su novia, Danilo permanecía en la casa perfeccionando la técnica del tiro.

Pegaba detrás de la puerta de su cuarto una hoja blanca con un punto rojo en la mitad. Dejaba el arma sin munición. Se ubicaba en diferentes posiciones en la habitación y giraba su tronco hasta fijar la marca roja, que representaba al plato. Cuando ya la tenía identificada apretaba el gatillo. Pasaba horas haciendo eso. “La primera novia de mi hermano fue la escopeta”, afirma Mauro y suelta una risa.

Los Olímpicos de Sídney han sido uno de los más especiales para Danilo. Era la primera vez que clasificaba directamente, porque él participó en Atlanta gracias a una *wild card*, que es una tarjeta de invitación.

Antes de clasificar a Sídney el Comité Olímpico Colombiano lo incluyó en el programa Altius 2000. El propósito era apoyarlo en lo que necesitara para llegar en óptimas condiciones a la competencia. Lo primero que él hizo fue buscar un entrenador. Su papá siempre había sido el

encargado de aconsejarlo para mejorar los tiros; pero luego de su inclusión en el Programa, buscó un entrenador oficial.

Viajó a Italia para conseguirlo. Recorrió el país hasta que logró contactar a Paolo Donato. Con él tuvo la oportunidad de ir por primera vez a una fábrica de escopetas y a una de cartuchos. Allí le hicieron un arma nueva, con la culata a su medida.

El entrenamiento junto a Donato permitió que él llegara en buenas condiciones a Australia. Aunque no logró clasificar a la final, recibió un diploma olímpico porque ocupó el séptimo puesto. Haber estado junto a los mejores tiradores del mundo y haber visto a su familia en la tribuna le hacían pensar que todo era un sueño. Cuando terminó de disparar, entró a la carpa que le habían organizado y empezó a pellizcarse los brazos: quería estar seguro de que sí era real.

Danilo todavía está en su camioneta. Son las 12:30. Realiza otras actividades para mantener la atención. Juega solitario y luego hace un crucigrama. Así como había sido en el colegio es en el tiro: comparte muy poco con sus compañeros.

A la única inauguración de los Olímpicos a la que asistió fue a la de Río. Él prefiere estar en su habitación en la Villa Olímpica escuchando música o viendo televisión. “Por eso yo conozco muy pocos deportistas, porque por lo general me asilo”, afirma.

De las olimpiadas recuerda en especial la historia de dos deportistas colombianos. A uno de ellos, de levantamiento de pesas, lo conoció en Sídney. Participó con los zapatos rotos porque no tenía unos en buen estado. Al otro, lo conoció en Londres. Era un boxeador que competía con una fractura en el dedo.



Él se conmueve cada vez que recuerda esas historias. “Eso es lo que hace grande a un deportista: esas ganas de salir adelante, de luchar y de dejar el nombre de Colombia en alto”, afirma mientras aprieta sus puños.

Ya es la 1:00 de la tarde. La final de la competencia nacional en Nilo está a punto de comenzar. Él vuelve a ponerse el chaleco, la gorra y las gafas. Los deportistas se acercan a la cancha. Cada uno lleva sus municiones en los bolsillos del chaleco. Coge su arma, que estaba colgada junto a las de sus contrincantes en un mueble en la cancha.

Su escopeta, marca Perazzi, es calibre 12. La ha utilizado desde 1998. Pesa tres kilos y medio. El cañón tiene una longitud de 60 centímetros y está hecho con acero. La culata es de madera y debajo de ella tiene seis stickers pegados. Cada uno es de una competencia diferente: Olímpicos de Londres y de Río, Panamericanos de Toronto, Mundial y Bolivarianos de Perú y los Juegos Suramericanos de Chile.

Un juez presenta a cada tirador de acuerdo con el puesto de clasificación. Danilo coge una ficha que tiene marcado el número dos y la pega en su espalda. Bebe un sorbo de agua. Seca el sudor y luego se ubica en la segunda estación.

Saca una munición del bolsillo y recarga el arma. El cartucho pesa 24 gramos. A diferencia de la ronda clasificatoria, en la final solo tiene un tiro para quebrar el disco.

Agacha la cabeza. La boca del arma está contra el suelo. Mueve su pie derecho. El primer deportista dispara y acierta. Ahora es el turno de Danilo Caro. Sus ojos ya están fijados hacia el frente. Una arruga se forma en medio de las cejas.

Un cronómetro grande muestra el tiempo que tiene el deportista para prepararse y realizar el tiro. El plazo máximo que puede emplear es de 12 segundos. Después de pronunciar el comando, un blanco sale hacia el centro. Un segundo después de haberlo visto, aprieta el gatillo. No puede dejar pasar más tiempo porque de lo contrario, el disco se aleja y es más difícil quebrarlo.

Su disparo fue efectivo: el plato se destrozó y arrojó un humo color naranja. Él sopla el cañón como si estuviera apagando la vela de un ponqué de cumpleaños. Se dirige a la tercera estación y el juez mueve la ficha blanca. Ahora le faltan 24 blancos.

Cada vez que Danilo levanta su mirada y ubica la escopeta en el lugar preciso tiene la misma expectativa de un pescador: enganchar su blanco, no dejarlo escapar.

Parte de la infancia la vivió en Cartagena con su abuelo Mario Guarnieri. Junto a él aprendió a disparar y a capturar peces. Recorrió Colombia acompañado de cañas, anzuelos y carnadas.

A él siempre le ha gustado estar al aire libre, un rasgo en común entre el tiro, la pesca y su carrera profesional: administración agropecuaria y zootecnia.

De la pesca también disfruta estar solo, concentrado para poner el anzuelo donde él cree que va a estar el pez. Le agrada el reto: calcular la distancia y el ángulo para llegar al animal.

Es el mismo reto que asume cuando está listo para apretar el gatillo. Encaja la culata entre el pómulo y el hombro derecho. El último plato vuela a un ángulo de 45 grados hacia la izquierda. Mueve con rapidez el arma y lo quiebra. El anzuelo estaba ubicado donde era.

Después de terminar una ronda de 25 platos y otras tres de cinco, los cuatro deportistas con menor puntaje fueron eliminados. Ahora solo quedan dos tiradores: los bogotanos Luis Alfredo Reyna y Danilo Caro. Cada uno debe disparar diez veces.

La temperatura se mantiene en 34 grados. La cara de Danilo está empapada en sudor. Hasta el momento, él ha fallado siete veces. Ha transcurrido una hora desde que se inició la final. Le queda un último plato para ganar la competencia.

Levanta la mirada y la escopeta. Las venas de sus manos se brotan. Una de las quince máquinas lanza un plato a la derecha a 60 grados. Dispara y el humo naranja vuelve a verse. Los trozos del disco caen sobre el pasto y Danilo arroja ese último cascarón a la canasta.

El público aplaude. Él no solo ganó. También impuso una nueva marca nacional en la ronda final: acertó 43 platos de 50. Sopla una vez más el cañón. Levanta sus brazos y sonríe.

Recibe la medalla, los espectadores se acercan para felicitarlo y después regresa a su camioneta.

Esparce un aceite por el cañón de la escopeta para evitar el óxido. La limpia con un paño y la introduce en un estuche de la fábrica. “El arma es para mí lo que para Mariana Pajón es la bicicleta”, asegura mientras cierra el estuche.

Danilo Caro aún no ha querido dejar el deporte. Mantenerse vigente y sentir la misma pasión cada vez que aprieta el gatillo son sin duda los peces más gordos que ha pescado en su vida.

Anexo 2: perfil titulado *Angie Orjuela, siempre con los pies en la tierra*

### **Angie Orjuela, siempre con los pies en la tierra**

Angie Orjuela extiende el dedo índice de su mano derecha y dice: “¿Ven ese poste de luz? Por ahí voy a pasar cada trece minutos”. Se dirige a una caseta y en ella guarda su maletín. El cronómetro, en ceros. Ella empieza a correr.

Son las 7:49 de la mañana. El cielo está despejado. Ella se encuentra en el Parque El Tunal. Avanza junto a la reja que bordea el lugar. Cada vuelta al Parque es de 2,812 metros, la misma distancia que tendrían 17 canchas de voleibol pegadas. Es el recorrido que ella hace en trece minutos cuando entrena.

Está junto a su hermano. No hablan mientras corren. Ella mantiene su mirada hacia el frente. Sus brazos permanecen en un ángulo de 90 grados y se mueven en sincronía con las piernas. Los balancea hacia atrás y hacia adelante: es el mismo gesto que realiza un soldado al marchar. No separa los codos de su tronco.

Su pelo negro y largo se mueve con el viento. El sol que recibe a diario ha dejado marcas en su piel. El vestuario que utiliza en una maratón, top y calzoneta, le impide tener un bronceado uniforme. Angie ríe cada vez que compara el color de su abdomen y de sus brazos con el de su pecho. La diferencia salta a la vista.

A las 7:59 se alcanza a ver en medio de una multitud de ciclistas activos que colman el frente de la pista de atletismo. Un minuto después, pasa junto al poste. El reloj negro, único accesorio de su muñeca derecha, es un juez y le indica si fue capaz de cumplir con el tiempo fijado por ella misma.

Humberto Ramírez es su entrenador desde hace once años. “Angie nunca se queja. Siempre está dispuesta a correr”, asegura. Él recuerda la vez en que ella compitió en una carrera de diez kilómetros en Chía. Llegó en segundo lugar a la meta y le preguntó cómo se había sentido. “No me pude concentrar bien, profe. Tuve un dolor de muela durante toda la carrera”, respondió.

Su instructor señala una montaña que se ve a lo lejos desde el parque y dice: “Allá arriba, donde están esas casas azules, vive ella.” En ese momento explica lo que hicieron un par de semanas

atrás. Un domingo fue, junto a su esposo, desde su casa hasta el Embalse de la Regadera en la localidad de Sumapaz. Corrieron 44 kilómetros en cuatro horas y sin parar.

A las 8:13 de la mañana Angie vuelve a pasar por el poste. Lo hace justo al completar trece minutos, el mismo tiempo que puede tardar un niño en comer un helado.

El sudor ya empieza a escurrirse por la cara. Dobla los dedos largos y delgados de sus manos y cierra el puño. Toma aire y luego lo expulsa como si estuviera inflando una bomba.

Angie Orjuela es de contextura delgada. Al correr se le marcan los músculos del abdomen. Nunca toma gaseosa y no come papas de paquete. Tampoco le gustan los dulces, pero cuando quiere uno se come un pedazo de bocadillo.

Son las 8:39. Ella ya le ha dado cuatro vueltas al Parque. Todavía no se ha hidratado y tampoco ha parado a descansar. Ha recorrido 11,248 metros en 52 minutos. Ahora le falta una vuelta más.

La topografía es la que cambia en cada maratón, su especialidad. El recorrido de esa prueba siempre es de 42 kilómetros y 195 metros. Es la misma distancia que hay desde Bogotá hasta Zipaquirá.

No son 42 kilómetros solo para correr, sino también para pensar. Todo el tiempo recuerda a su papá. Él quería ser ciclista, pero tuvo que renunciar a su sueño por falta de apoyo. Angie siente que él ve en sus hijos algunas de las metas que no pudo cumplir.

Cuando ella comenzó su carrera deportiva, regresaba a su casa decepcionada al finalizar una competencia en la categoría infantil. Siempre llegaba en las últimas posiciones. Su papá la veía, se sentaba junto a ella y le repetía: “Le va a ir muy bien, hija. Usted tiene mucho aguante.”

Angie ya no ocupa las últimas posiciones. Ahora se da el lujo, en la mayoría de las carreras, de subir al podio. Mientras corre piensa en las ganas que tiene de retribuirle a su papá todo lo que ha hecho por ella y por sus hermanos. Siente que con cada paso se acerca a uno de sus principales propósitos: poder mantener a su familia.

A las 8:52 de la mañana, pasa por última vez frente al poste de luz. Mira de nuevo el reloj y luego se detiene. Acaba de completar la primera parte de su entrenamiento.

No se queja por los 14,060 metros que acaba de correr. Tampoco se sienta para descansar. Tan pronto finaliza, recupera el maletín guardado en la caseta y bebe de un termo solo unos sorbos de agua. Ya está lista para continuar.

Empezó a entrenar a los doce años. En una clase de educación física, en el colegio José María Córdoba, el profesor estaba buscando estudiantes que tuvieran aptitud para el atletismo. Realizó el test de Cooper, una prueba de resistencia que consiste en correr durante doce minutos la mayor distancia posible.

Angie no pensaba en esforzarse: era uno de esos ejercicios monótonos que los estudiantes realizaban por petición. Empezó a correr y al finalizar el tiempo completó 2.500 metros. Para ella no fue un recorrido significativo, pero para el profesor ese podía ser el comienzo de una carrera deportiva.

Aceptó la invitación de él para ir a entrenar al Parque El Tunal. Desde ese día su rutina ha sido la misma: fijar una meta y alcanzarla a punta de zancadas.

Los músculos de sus piernas están tonificados. No le gusta tener aceites, pomadas o paños calientes y fríos sobre ellas para relajarlas. Tampoco disfruta sentir cómo las manos de un masajista se deslizan sobre ella para eliminar estrés y soltar los músculos.

La forma como ella se relaja es sintiendo el cansancio, porque le recuerda que sí ha entrenado y se ha esforzado.

Uno de sus miedos es sufrir de una lesión grave que le impida seguir practicando el deporte. “A mí nadie me garantiza que mis piernas van a estar bien toda la vida, por eso necesito estudiar”, asegura. Angie quiere retomar su carrera: Licenciatura en Lengua Castellana, que abandonó porque ya no tenía tiempo suficiente. A ella le gusta la pedagogía, siempre ha querido ser profesora.

Otros temores también corren más rápido que ella. Cuando estaba en el colegio, en quinto grado, se acercó a un grupo de compañeros que estaban jugando con una tabla llena de letras. Se sentó junto a ellos y participó en esa actividad desconocida. Al finalizar, se enteró de que era la tabla Ouija.

Desde ese día siente que perdió tranquilidad en su vida. Le da miedo dormir sola y a oscuras. Por eso, cuando su esposo está de viaje deja el televisor prendido para sentir algo de compañía.

En su ejercicio diario los pies siempre están en contacto con la tierra, así que los desplazamientos en avión la intranquilizan también. El rechazo a las aeronaves se intensificó después de que vio el accidente del equipo de fútbol Chapecoense. Cada vez que viaja, las manos le sudan. Realiza una oración y le pide a Dios que sea lo que él quiera.

Angie Orjuela agita su mano como si fuera un abanico y dice: “¡Qué calor! Todavía no he terminado la rutina, pero tengo aliento suficiente para hacer más”. Se quita la chaqueta amarilla. Luego ingresa a la pista de atletismo del Parque.

Cuando está corriendo también piensa en su hija, Shalane. Cada mañana se levanta con el deseo de poder enseñarle que siempre debe trabajar por sus sueños. Ella quiere mostrarle qué es la disciplina.

La casa es el lugar donde ella se convierte en juez y su hija, en deportista. Shalane coge el reloj y le dice: “Mami, vamos a competir. Tómame el tiempo”. Angie le sigue el juego y la niña empieza a correr por las habitaciones.

Su hija suelta una de las medallas que están colgadas en la sala y le pide a la mamá que la premie. Ella la sube al podio: una silla. “Shalane Camargo es la ganadora”, dice. Aplaudes y luego le eleva sus brazos para que ella sienta que su triunfo es indiscutible.

El cansancio también vale la pena por su hija. Ella compensa el agotamiento a su manera: no siempre necesita de un viaje o un día de descanso. Un buen pedazo de carne acomodado en medio de dos panes es el premio.

Cuando quiere desquitarse por todos los kilómetros recorridos, por los dolores musculares y las huellas del ejercicio marcadas en sus pies, se come una hamburguesa. Cada mordisco es una voz interna que le dice: “Tanto esfuerzo debe ser retribuido”.

Angie está lista en la pista de atletismo del Parque. Ahora debe correr 800 metros, pero a una velocidad mayor. El lugar donde entrena es el mismo en donde jugaba durante su infancia. Se



deslizaba por un rodadero. Jugaba con sus muñecas. Se balanceaba en un columpio y hacía partidos de baloncesto con su familia. Jamás pensó que sería deportista.

Ahora, ya no juega. “Se necesita de mucha berraquera para llegar a una meta”, asegura. Realiza los primeros 400 metros de la segunda parte de su entrenamiento. Abre sus manos y con el pulgar roza el dedo índice. Sus mejillas están rojas. Debajo de su camisa morada lleva colgada una cadena: se la regaló su esposo antes de ir a los Olímpicos de Río de Janeiro.

Desde septiembre del 2014 se propuso alcanzar la marca mínima para los Olímpicos. Hizo jornadas dobles de entrenamiento para lograrla en la maratón de Santiago de Chile.

Estaba a solo 100 metros de alcanzar la meta en Chile y levantó su mirada para ver el tiempo que exhibía el cronómetro: 2 horas y 34 minutos. Superó por cinco minutos la marca mínima que necesitaba para clasificar a Río. “Yo no sabía si seguir corriendo o ponerme a llorar”, comenta.

Haber clasificado a los Juegos Olímpicos de Río fue como si hubiera llegado a la meta de una maratón que se inició desde hace quince años, la primera vez que tuvo contacto con el atletismo.

Angie finaliza su entrenamiento. Recoge su termo del suelo y bebe agua. Permanece callada. Solo se escucha su respiración agitada. Sujeta una toalla y seca el sudor de su cara. Vuelve a ponerse la chaqueta y se va a la casa. En la tarde debe regresar para repetir la rutina de entrenamiento.

En la sala del lugar están todas sus medallas y trofeos. A su papá le gusta mostrar los triunfos de sus hijos. Hay unos cuadros grandes con la foto de cada uno. Cada vez que Angie mira alguna de las medallas, recuerda lo exigente que fue su consecución.

Una de las más especiales para ella fue la que ganó en la media maratón de Filadelfia en el 2015, en la que llegó en el séptimo puesto. Disfrutó esa carrera porque había bandas tocando canciones de rock and roll mientras los deportistas corrían.

Angie tiene puestos dos aretes pequeños. Nunca se los quita: con ellos le perforaron las orejas a su hija. “Usarlos es como si tuviera a mi chiquita pegada a mí mientras estoy corriendo”, afirma. Fueron los mismos que llevó a los Juegos Olímpicos.

Ella todavía recuerda cómo fueron los días antes de su viaje a Brasil. Tuvo que ver la inauguración desde su casa. Señalaba el televisor y decía: “¡Ahí está Paulo Villar! Mírenlo... Tan chévere. Ya está allá, tomando muchas fotos”.

A ella le hubiera gustado saber qué se siente desfilarse frente a la cámara y escuchar en vivo los aplausos del público y la voz que anunciaba la participación nacional.

Lo primero que empacó fue una imagen de la Virgen. Luego metió los botones que su familia le hizo: eran unos pines metálicos del tamaño de una dona. Cada uno tenía fotos de ella y mensajes que le deseaban suerte en la carrera. También guardó una carta que le escribió su esposo.

Angie Orjuela cuida su equipamiento deportivo como una niña que custodia sus muñecas. Siempre lleva la ropa y los tenis de la competencia en el equipaje de mano para sentir que están cerca de ella. “Que se me pierda cualquier cosa, menos lo de la competencia. Llevar eso en la mano es como tenerlo a salvo”, afirma.

El día de la maratón en Río pensaba en lo duro que iba a ser el recorrido. La humedad era alta y la temperatura estaba a 30 grados centígrados. No había una sola nube y los rayos de sol golpeaban con fuerza las calles por donde iba a correr.

Esa mañana desayunó pasta con pollo y un té. Estiró los músculos y realizó un trote suave para calentar. Ató bien los cordones de sus tenis y luego se dirigió junto a las otras atletas a la salida de la maratón.

Un grupo de 158 deportistas se ubicó bajo un aviso grande que decía: “Río 2016”. Luego del sonido de una bocina, todas empezaron a correr. Ella miraba el suelo. Llevaba puesta una cachucha azul, un top del mismo color con la bandera de Colombia estampada y una calzoneta roja.

En su mente ya estaba la imagen de su papá y de su hija. Pensaba en su entrenamiento, en lo difícil que fue llegar a ese momento. Recordaba las palabras de Shalane cada vez que se despide de ella cuando va a competir: “Chao, mami. Gánales a todas”.

Sus brazos se balanceaban. Uno de ellos subía a la altura de su pecho y el otro bajaba hasta su abdomen. Corría a una velocidad de 3 minutos y 44 segundos por kilómetro.

Cada tres kilómetros Angie Orjuela se acercaba a una mesa que tenía botellas de agua y Gatorade. No paraba: solo estiraba su brazo, agarraba uno de los envases y seguía su camino. Bebía cada sorbo como si fuera el último en medio de un desierto.

Su rostro mostraba agotamiento. La boca, un poco abierta. Levantaba las cejas y respiraba profundo. Miraba por unos segundos hacia el suelo y luego, hacia el frente.

Era como si en la meta estuviera su familia: no podía dejar de correr, tenía que llegar hasta el final. Quería mostrarle de qué era capaz. Escuchaba los aplausos y los gritos de apoyo de los colombianos que estaban observando la maratón y sentía que el cansancio desaparecía por instantes.

Tan pronto completó 40 kilómetros el reloj marcó dos horas, 28 minutos y 42 segundos. Faltaba poco para terminar la competencia. Se estaba acercando a la meta y corría como si su cuerpo estuviera pesado y decaído. Sus pies ya no golpeaban el suelo con tanta fuerza, era más un roce sutil. Parecía como si se estuviera dejando llevar por el viento.

Justo en el momento en que atravesó la meta, paró el cronómetro de su reloj. Llegó en el puesto 43. Corrió durante dos horas y 37 minutos. Miró al cielo y frunció el ceño. Tapó sus ojos con su mano izquierda, como si quisiera contener las lágrimas. Luego mostró una sonrisa forzada estirando su boca como si hubiera acabado de pasar el sabor ácido de un limón.

Sus gestos no solo mostraban cansancio, sino también la satisfacción de saber que el esfuerzo valió la pena. Cada vez que corre llega lejos, pero siempre con los pies en la tierra.

Anexo 3: perfil titulado *La magia del trampolín*

### **La magia del trampolín**

En medio de la neblina y el frío del municipio antioqueño de Rionegro, Víctor Hugo Ortega respiraba con dificultad. Sus vías respiratorias se hinchaban, el pecho producía un ruido igual al de un silbido y tosía con frecuencia. Sus padres, con la preocupación de tenerlo que llevar de nuevo al hospital, solo pensaban en un propósito: el asma debía curarse.

El niño, desde los tres meses, llegaba todos los días a la clínica en los brazos de su mamá. No era necesario preguntarle a ella el motivo de la consulta. Los médicos los veían acercarse al centro de salud y en seguida alistaban el nebulizador. Él veía cómo una máquina transformaba un medicamento en vapor: subía por una manguera y alcanzaba una mascarilla que le tapaba la nariz y la boca.

María Rosalba, su madre, era regente de farmacia. Utilizó diferentes medicamentos para que él pudiera respirar con normalidad. Los vecinos y familiares le daban consejos, unas recetas que ella siguió al pie de la letra en medio del desespero.

En la alimentación de su hijo empezó a incluir sopa de pajarilla, aceite de tiburón y cucarrones de maní sumergidos en leche. Pero las crisis eran cada vez más fuertes. Ni los tratamientos médicos ni los remedios caseros estaban funcionando.

Una pediatra le planteó a María Rosalba la solución para la enfermedad de Víctor: el agua. Desde ese día, las ondas y las burbujas de las piscinas reemplazaron la mascarilla de las nebulizaciones y el sabor desagradable de las recomendaciones culinarias. Ahora, es más frecuente encontrarlo a él mojado y no seco.

Víctor está ubicado en el borde de una plataforma de diez metros de altura. Se para en las puntas de sus pies y después inclina su cuerpo hacia adelante. Extiende sus brazos como si así tuviera el control de toda la piscina, un escenario que está a punto de dominar.

Mantiene una posición estática durante cinco segundos. Luego flexiona las piernas, balancea sus brazos hacia atrás y salta del trampolín. Con sus manos aprieta las rodillas y las empuja contra el pecho. Realiza unos giros y después cae al agua.

Parece un gimnasta que solo necesita estar un segundo en el aire para mostrar sus acrobacias. Se apodera de ese tiempo para transformar la postura de su cuerpo. Lo encoge para girar y justo antes de entrar a la pileta, lo extiende.

Durante su infancia Víctor no saltaba para caer en una superficie líquida. Entrenaba gimnasia y después de cada movimiento, se aferraba al suelo. Alcanzaba la altura suficiente desde los trampolines y las barras para lograr que sus posturas fueran elegantes.

Complementaba ese entrenamiento con la terapia para el asma, los cursos para aprender a nadar. La gimnasia le ayudó a enfrentar el miedo a los saltos y la natación, al agua.

Su mamá sonríe al recordar cómo fue el primer día de las clases de natación. “Estaba lloviendo y yo solo pensaba en una nueva hinchazón de sus vías respiratorias”, dice. Cuando llegó al lugar para pedirle a la profesora que lo sacara de la piscina, el niño estaba sentado en el borde jugando con un balde y una paleta.

Él le temía a ese rectángulo inmenso repleto de un líquido azul con olor a cloro. Su refugio era un escalón ubicado en uno de los bordes para evitar que la profesora lo llevara de lado a lado, como a los demás niños.

Las clases avanzaban y continuaba aferrándose a la esquina. Para él la terapia era suficiente con solo sumergir sus pies, hasta la altura de los tobillos. El resto de su cuerpo permanecía seco.

Las súplicas y los intentos para que él aceptara aprender a nadar duraron un año. Al completar ese tiempo, la entrenadora decidió abrazar al niño y empezar sumergir, poco a poco, sus piernas, su abdomen y su pecho. Era el momento para enfrentar el miedo.

Víctor lloró y se enganchó al cuello de la profesora. Pataleó y la aruñó: pedía que lo dejaran tranquilo jugando con su balde en la esquina. Pero después de sentir por unos minutos el golpe sutil de las ondas, el gesto de desagrado y temor empezó a desaparecer. De repente, una sonrisa genuina se apoderó de su rostro.

Él ya no necesita de nadie para abandonar su borde, la plataforma, y sumergirse por completo. En el entrenamiento parece un niño divirtiéndose en un parque: tan pronto se lanza por el rodadero vuelve a subir las escaleras que lo conducen a él. Así es como lo hace, una y otra vez. Salta del trampolín y luego sube de nuevo los escalones para repetir el lanzamiento.

Siempre visualiza los movimientos desde allá arriba. Cuando los va a imaginar, su paisaje cambia. Le da la espalda a la piletta y observa los edificios, los árboles y las montañas que se alcanzan a ver desde el Complejo Acuático de Medellín.

“Sin visualización no hay clavado”, dice. Aprieta su mano derecha y levanta el dedo índice. Lo gira tres veces simulando las vueltas que va a hacer. Luego extiende la palma de la mano de la misma forma como él estira su cuerpo. Ubica su brazo a 90 grados y lo baja despacio hasta extenderlo en su totalidad, como si esa fuera su entrada.

Desde unas gradas, un grupo de espectadores observa cómo es el clavado. Junto a él otros deportistas también están entrenando. Le gusta estar acompañado, un privilegio del que no pudo disfrutar al máximo durante su infancia.

Creció bajo los cuidados y precauciones de su mamá. Cuando el reloj marcaba las seis de la tarde, ella se aseguraba de que él no estuviera en la calle divirtiéndose con otros niños.

Jugar con un grupo de amigos bajo las corrientes de frío, la tierra de las canchas, el polvo de los andenes y la arena de los parques era como un monstruo que amenazaba con volverle a mostrar el vapor de la máquina. Prefería la soledad en vez de las nebulizaciones en el hospital.

Así que tan pronto el sol empezaba a esconderse, él ya estaba en la casa con la puerta y las ventanas bien cerradas. No tenía otra opción sino aprender a divertirse solo, con los juguetes y accesorios que tenía a la mano.

Le gustaba ver televisión. También se entretenía haciendo rodar unos carros por todo el suelo de su habitación. Pero su juego preferido era simular las competencias de clavados. Era el momento en el cual dejaba de ser deportista y se convertía en juez.

Utilizaba una manguera y la doblaba en forma de rectángulo, como si fuera el borde de la piscina. Los deportistas eran un lapicero, un lápiz y un clavo. Los lanzaba desde el trampolín, una silla, y miraba con atención cómo caían. Entre más recto cayera cada uno, mayor era el puntaje que él mismo anotaba en una hoja blanca.

Era parecido a los juegos que hacía al finalizar sus primeras clases de saltos ornamentales. Visualizaba un calvado perfecto lanzando diferentes elementos desde la plataforma. Enrollaba el caneo, que es su toalla, y lo soltaba desde arriba con el propósito de que no salpicara agua.

Un tiempo después también convirtió las varillas y resortes de las camas elásticas en deportistas de alto rendimiento. Los hacía girar en el aire y calculaba la fuerza y la velocidad necesarias para que su entrada fuera ideal, sin chocar de forma brusca contra la pileta.

La insistencia de lograr los clavados perfectos con sus deportistas metálicos incluso quebró las baldosas del lugar. Un día, cuando una de las personas encargadas del aseo de las zonas húmedas retiró toda el agua vio que el piso de la piscina ya no era uniforme. Unas líneas delgadas dividían por la mitad y por las esquinas cada recuadro.



Esa es la meta cuando él está listo en el trampolín para saltar: entrar en posición vertical, como una puntilla que al caer se sumerge en la pileta sin necesidad de esparcir una cantidad generosa de agua.

Cuando Víctor estira sus brazos, la tinta de uno de sus tatuajes se expande. Se encuentra sobre la costilla izquierda y son cuatro letras góticas en español que forman la palabra *vida*. “Me lo hice para sentir que en mi cuerpo mando yo”.

Retira el exceso de agua y muestra los otros tatuajes: un tribal en la espalda y, en su muñeca izquierda, los aros de los Juegos Olímpicos que acompañan la frase *London 2012*.

Todavía recuerda la sensación de la aguja en su piel, era como si lo estuvieran quemando y como si una avispa lo picara al mismo tiempo. No se arrepiente de esas cicatrices, pero cuando se refiere a ellas habla con la convicción de que no volvería a hacerse ese tipo de marcas. “Ahora entiendo que uno debe tatuarse es el alma, dejar los buenos recuerdos en el corazón”.

Ya transcurrió una hora desde que se inició el entrenamiento. Ha realizado quince clavados y se prepara para hacer uno más. Mientras sube las escaleras, sujeta un caneo morado.

Llega a la plataforma y con la toalla da unos golpes a su cuerpo para absorber las gotas. Luego la resbala por sus brazos y sus piernas, como si estuviera esparciendo una crema, para terminar de secarse.

Se acerca al borde del trampolín y desliza el caneo para limpiar el lugar donde él está a punto de lanzarse. Luego lo escurre y observa cómo el chorro cae en la orilla de la piscina.

Nada puede quedar húmedo, ni él ni la superficie en donde se va a apoyar. Antes de cada salto repite la rutina con el caneo. Seca su piel para luego volver a mojarla. Siempre debe hacerlo,

porque la efectividad de sus agarres en el aire también depende del contacto firme de sus manos con las piernas.

El agua ya está abajo esperándolo. Le da la espalda a la piscina y encoge su cuerpo: se acurruca pegando los muslos contra el pecho y el abdomen. Agacha la cabeza y fija su mirada hacia abajo.

Empieza a extender su tronco y luego las rodillas hasta alcanzar una posición vertical. Invertió su postura. Esta vez los pies ya no son el apoyo en la plataforma, sino son las palmas de las manos.

Seis segundos después, balancea las piernas y empieza a caer. Realiza el movimiento *C*, las rodillas contra el pecho y las manos aprietan los tobillos. Gira tres veces, de la misma forma en la que un yoyo se suelta de la pita.

Cuando ya está a punto de caer efectúa la postura vertical, como la manecilla del reloj marcando las 12. Sumerge su cuerpo. Primero la cabeza, luego el torso y por último los pies. Salpicó poca agua y después desapareció en la piscina. El clavado fue bueno.

El propósito de Víctor Huego Ortega es hacerles creer al jurado y al público que él nunca saltó.

Las buenas acrobacias y caídas funcionan como un truco de magia. El espectador ve al deportista mientras realiza los movimientos en el aire, pero de un momento a otro, gracias a una entrada perfecta, desaparece bajo el agua sin dejar rastro... como si jamás se hubiera lanzado del trampolín.

Esos eran los clavados que él veía después de terminar las terapias para el asma. Tenía nueve años y conocía cómo era cada estilo en natación. Sabía flotar y manejaba las profundidades de las piletas. Ya estaba listo para aprender algo más.

Una tarde, al finalizar la clase de natación, entró con un amigo al lugar en donde estaban entrenando los deportistas de saltos ornamentales. Veían cómo se estiraban los músculos al extender bien los brazos, el abdomen y las piernas desde el trampolín.

Víctor a lo lejos se sorprendía con la rapidez de cada movimiento en el aire, con el cambio repentino de las posturas y con la desaparición de ellos bajo la piscina. “Ese fue mi amor a primera vista”, dice.

Desde ese momento decidió trabajar a diario en su truco de magia. Sube unos peldaños, se ubica en el borde de la plataforma y aprovecha su flexibilidad para luego perderse de la vista del público.

Sujeta unas barandas metálicas y se impulsa para salir del agua. Justo después de finalizar cada lanzamiento él se acerca al borde para alejarse, solo por instante, de la pileta.

Cuando tenía doce años ese instante se convirtió en días. Ni él ni su mamá tenían los recursos suficientes para continuar pagando la mensualidad del entrenamiento. Unos directivos le impidieron volver a utilizar los trampolines y la piscina.

Para él, las dificultades de la vida son como un viento en contra que le impide hacer buenas acrobacias; y la imposibilidad de pagar ese dinero era una de esas adversidades.

Sin embargo, su insistencia frente a los directivos y el apoyo económico de un grupo de personas, lo volvieron a subir al lugar donde él pertenece: allá, arriba; a diez metros de altura.

Ahora, él está estudiando derecho. Quiere asegurarse de que las injusticias no les arrebaten más los sueños a las personas que se están formando como deportistas.

Víctor está a punto de volver a saltar. De nuevo, le da la espalda a la piscina. Cuando realiza el primer giro, su cabeza roza el borde la plataforma. El público grita con la preocupación de pensar que se había pegado; pero él está intacto. Siempre calcula la distancia para no golpearse.

Bajo una carpa, su mamá observa el entrenamiento. Cuando Víctor finaliza ese salto, ella recuerda el día en que el viento le ganó al peso de su hijo. Estaba en una competencia y mientras hacía uno de sus clavados, una brisa lo empujó con furia hacia el borde de la pileta.

María Rosalba, desde las gradas, cerró sus ojos, agachó la cabeza y dijo: “¡Se murió!”. Víctor tardó unos segundos en salir de la piscina. Cuando se asomó afuera del agua, un grupo de personas lo estaba mirando fijamente. No alcanzó a golpearse porque contrarrestó la fuerza del viento justo antes de caer, impulsando su cuerpo hacia atrás.

En esta ocasión la multitud ya no lo observa para asegurarse de que esté bien, sino para disfrutar de su truco de magia. Tan pronto lo finaliza y sale de la pileta, sacude su cabeza para evitar que las gotas lleguen a los ojos. El agua se desliza con facilidad; Víctor es calvo.

Desde su niñez se acostumbró a sentir la vibración de una máquina que en cuestión de minutos lo deja sin pelo. Sus primos sufrían de piojos, así que su mamá prefería tusrlo para evitar que a él se le prendieran esos insectos.

Cuando está listo en el trampolín le silba a su entrenador, Óscar Urrea, para pedirle que lo observe. Después de saltar y de escuchar sus indicaciones, se sienta al lado de la piscina.

Recoge las piernas contra su pecho. Luego las extiende y las junta. Estira sus brazos hacia los lados, después los levanta y repite los movimientos dos veces. Parece una rutina de estiramientos, pero es otra forma como él marca las posiciones antes de lanzarse.

Víctor ha alcanzado sus sueños a punta de saltos, acrobacias y caídas perfectas. Uno de sus clavados más efectivos fue llegar a los Juegos Olímpicos. “¿Sabe qué es el olimpismo? Es una puerta que abre otra”, comentaba mientras terminaba de comer una ensalada con papas a la francesa.

Las plataformas y las piscinas de los Juegos de Beijing, Londres y Río impusieron en él nuevos objetivos. Está seguro de que la participación en esas competencias lo motiva a trabajar no solo en su técnica, sino también en su crecimiento espiritual.

Desde hace cinco años asiste a una iglesia cristiana. Todos los viernes, cuando sale del agua, se reúne en su casa con un grupo de amigos para analizar distintos mensajes de la Biblia. “Yo no necesito de amuletos de la suerte. Tengo la imagen de Dios pegada en mi mente y corazón, con eso es suficiente”.

Cuando se asoma en el trampolín y ubica sus talones justo en el borde, llegan a su mente diferentes pensamientos: tratar de hacerlo bien porque sus amigos y familiares lo están observando, entrar recto al agua y ser elegante con las acrobacias.

A Víctor le gusta pensar. Cualquier objeto o situación puede captar su curiosidad para crear toda una historia. Él recuerda que cuando era niño veía volar a una mosca y movía los ojos para seguir su trayecto. Durante minutos se distraía fijando su atención en ella.

Pero nada ni lo nadie logra distraerlo cuando está en la plataforma. Solo se preocupa por hacer un buen clavado. Resbala el caneo por su cuerpo, lo lanza a la orilla, amarra bien el cordón de su traje de baño y luego visualiza las posiciones del último salto de su entrenamiento.

Encoge su cuerpo tan pronto se aleja del trampolín. Agarra sus tobillos e infla los cachetes. Contiene su respiración durante un segundo, el mismo tiempo que dura su clavado. Alcanza una velocidad de 60 kilómetros por hora y antes de caer al agua no solo estira bien sus brazos y piernas, también cierra los ojos.

Tan pronto entra a la pileta expulsa el aire que contuvo y forma unas burbujas. Cuando asoma su cabeza, las ondas se expanden con lentitud. Se acerca al borde y luego sujeta las barandas.

Sale de la piscina, inhala y exhala: su diafragma se contrae para ampliar la capacidad de los pulmones. Víctor Hugo Ortega respira con normalidad. El asma nunca más volvió a saltar con él.

Anexo 4: perfil titulado *Con las riendas de la felicidad*

### **Con las riendas de la felicidad**

Rodrigo Díaz se acerca al establo y los caballos asoman su hocico entre las rejas. Cada uno sabe lo que le espera: una caricia por parte de su jinete. Desliza su mano con sutileza y los consiente. La prioridad es estar junto a ellos porque desde su infancia encontró la felicidad allá arriba, encima de un caballo.

El día comienza en su casa. A las 7:00 de la mañana se dirige al establo. Quincy Boy, Ischa, Coramo, Celesta y Anja ya lo están esperando. Los cinco tendrán su turno para galopar.

Él lleva puesto un saco gris, pantalón negro y unas botas. Acomoda bien sus gafas y dice: “Desde que era un bebé mis papás me tenían sentado encima de un caballo. La pelea surgía cuando me bajaban porque yo siempre lloraba”.

La primera palabra que pronunció cuando estaba aprendiendo a hablar fue “ille”, que en su lenguaje primario significaba “caballo”. Empezó a crecer y sus papás le pedían que dijera mamá, pero él no hacía caso. Solo repetía “ille”.

Héctor, un hombre de piel morena y pelo negro, es la persona encargada de limpiar los animales, alimentarlos y adecuarlos cada vez que van a recibir a Rodrigo. Cuando llega el turno para cada uno, los ubica justo a la entrada del establo.

Ahí está Anja, en medio de las dos puertas que dan paso a la caballeriza. Tan pronto siente cómo su jinete pone el pie izquierdo en el estribo, relincha. Él se impulsa para dominar el panorama sobre Anja. Se acomoda bien en la silla y con su talón le indica que puede empezar a caminar.

Cuando está allá arriba trae a su mente las enseñanzas de Jaime, su papá. Con él entendió que galopar y superar los obstáculos a punta de saltos nunca iba a ser un simple pasatiempo.

Su papá fue el encargado de inculcarle ese gusto. También era su pasión. Tenía una finca en donde criaba caballos y Rodrigo siempre lo acompañaba. Ese era el plan todos los fines de semana: consentía los potros y se preocupaba porque estuvieran bien. Era lo que él quería. No necesitaba carros de juguete, superhéroes o videojuegos. Su alegría estaba en los establos.

Él continúa montado sobre Anja. Su sonrisa delata la felicidad. “Gracias a este deporte yo me gocé a mi papá al cien por ciento. Sin duda, era mi fan número uno”, afirma mientras su cuerpo se para y regresa a la silla, una y otra vez, como si estuviera en una piscina de olas.

Jaime nunca se perdió una competencia de su hijo. Siempre tenía una cámara a la mano. Lo grababa para poderle mostrar con precisión cada movimiento, era la forma para que no le reprochara las correcciones que le iba a hacer. Regresaban a la casa y miraban juntos el video

para saber qué estaba haciendo bien y en qué fallaba. Esa era la rutina después de cada competencia.

La muerte de su papá le demostró que todas las enseñanzas y exigencias valieron la pena. El tiempo que compartió con él, las competencias, los entrenamientos, los fines de semana en la finca y la revisión de cada video lo convirtieron en un hombre responsable, capaz de saltar cualquier vara para cumplir sus metas.

El animal trota y su cola se mueve de un lado a otro. Su pelo es color café claro. Una franja blanca se extiende desde el hocico hasta la altura de los ojos. Responde con generosidad frente a las peticiones de su jinete. A través del contacto con las riendas galopa, camina, se dirige a la izquierda y luego, a la derecha. No realiza nada que él no le pida.

El turno de Anja finaliza. Ahora es tiempo de montar a Celesta, una yegua blanca. Héctor sujeta una cuerda y la trae despacio hasta ubicarla al frente del jinete. Rodrigo ya está esperándola en la entrada del establo.

Ella es la más consentida. Tan pronto lo ve a él empieza a relinchar y a mover la cola y el hocico, como si su intuición le indicara que está a punto de saborear algún premio que le trae.

Él vuelve a ubicar su pie izquierdo en el estribo y se sube sobre ella. Con su mano derecha sujeta una fusta, un látigo largo y delgado. La impulsa y dice: “A mí no me gusta prestarle mis caballos a otra persona para que los monte. Yo siempre quiero ser el único que esté encima de ellos. Soy muy celoso”.



Celesta es alérgica al polvo del heno. Cuando tose con frecuencia, le ponen un nebulizador para destapar sus vías respiratorias. El aparato no tiene una manguera; solo es una mascarilla que cubre su hocico y contiene el medicamento, convertido en aerosol, que entra por su nariz.

Junto a Celesta estuvo en las selectivas para clasificar a los Olímpicos de Londres, pero no fue con quien participó en los Juegos porque Royal Vinckenburgh, otro caballo, estaba en mejor nivel.

Después de que terminó los Panamericanos de Guadalajara y supo que asistiría a Londres, conoció a un mexicano que tenía varios caballos. Le ofreció uno para competir en las olimpiadas. Rodrigo asumió el reto de superar los obstáculos junto a Royal Vinckenburgh, con quien participó en los Juegos.

La preparación con Royal para los Olímpicos no alejó a Celesta. Rodrigo hacía turnos para manejar las riendas de ambos. Solo durante la semana de los Juegos la yegua se quedó temporalmente sin su jinete, pero con una recompensa clara: gozar de unas vacaciones.

Durante esos días de competencia, ella no recibió el peso de Rodrigo y tampoco saltó varas. Un terreno repleto de pasto para galopar con plena libertad fue el lugar donde la yegua disfrutó de su receso.

Con sus ojos grandes y verdes, Rodrigo la observa mientras galopa. Acerca la fusta a Celesta y la frota sobre ella para consentirla. Cada vez que él se sienta en la silla, allá arriba, alcanza casi la misma altura que los dos logran saltar cuando están en acción.

Su turno acaba de terminar. El jinete regresa a la caballeriza. Agacha su cuerpo cada vez que va a entrar al lugar. Se encoge para no golpearse con el techo del establo y luego se baja de la yegua.

Se la entrega a Héctor para que él la acomode. Celesta relincha para reclamar su premio, pero todavía no es la hora.

“Lo que se me hace buenísimo de este deporte es que no dependo solo de mí, sino también del animal”, afirma y se dirige a su casa. Durante un año se esforzó por alcanzar la meta de que Ricky, como le decía de cariño a Royal Vinckenburgh, creyera en él. Era un caballo con temperamento fuerte. Su reto estaba en hacerle creer que él mandaba, pero al mismo tiempo en lograr que no tuviera miedo de hacerle caso.

Rodrigo se concentra cada vez que observa el video de su participación en Londres. Es como si regresara el tiempo y volviera a estar montado en Ricky.

Prende su iPad y busca el video en YouTube. Se sienta en el comedor de su casa y lo observa con atención. En medio de los murmullos de la multitud se alcanza a escuchar la voz de un hombre que presenta al animal y a su jinete. El público aplaude y luego suena una campana. Ahora él tiene un tiempo máximo de 45 segundos para ubicar al caballo antes de empezar a saltar.

Acaban de cruzar banderolas, el lugar donde empieza a correr el tiempo para realizar la prueba. Galopa y se acerca al primer salto. Royal Vinckenburgh pega sus patas delanteras contra el pecho mientras pasa por encima de las varas. El animal cae y su cola se agita con furia. Vuelve a galopar. Ya está listo para llevar a cabo el siguiente salto.

El uniforme de Rodrigo está impecable. Un casco cubre su pelo ondulado. Lleva unas botas de cuero, un briche blanco, corbata y camisa blanca de cuello. La casaca, un blazer de material elástico, es de color azul oscuro. En el brazo derecho, cerca al hombro, está la bandera de Colombia.

Siempre está mirando al frente. Calcula la distancia para superar cada obstáculo. Continúa galopando. Completa los 15 saltos y la primera ronda de la prueba finaliza. Se vuelven a escuchar los aplausos del público. Rodrigo y Royal Vinckenburgh no tumbaron ninguna vara, pero fueron penalizados por tiempo. Debían completar el recorrido en 82 segundos y lo hicieron en 84.

Son las 8:30 de la mañana. Es tiempo de que él vaya a dictar sus clases al Club El Rancho y, después, al Club Bacatá. Tiene siete alumnos. Todos los días, después de montar en la mañana durante hora y media en su casa, se dirige a esos lugares para enseñar.

Rodrigo continúa recordando su participación en los Juegos Olímpicos. Lo más impactante para él fue la ambientación, una oportunidad que cada uno iba a tener para reconocer el lugar, calcular los saltos y preparar el recorrido. Se llevó a cabo una hora antes de empezar la prueba y únicamente podían realizarla los jinetes. Los caballos ingresaban solo cuando fuera su turno para competir.

Tan pronto Rodrigo salió del pabellón, ingresó a la pista para llevar a cabo la ambientación. Las tribunas estaban llenas. Ahí estaba su mamá viéndolo. Los espectadores fijaron su atención en los deportistas, quienes habían entrado a caminar para medir con sus pasos la distancia entre cada salto.

Estaba muy nervioso. Ya había competido en sitios con bastante público; pero Londres, sin duda, se había convertido en un lugar especial. Recorrió diez veces la pista. Quería estar seguro del trayecto que realizaría. Memorizó las distancias e identificó los factores que podrían distraer a Royal Vinckenburgh.

A las 2:30 de la tarde regresa a su casa luego de haber dictado las clases. Ahora lo están esperando Juan Pablo y Valeria, dos de sus alumnos. Se baja de su camioneta y saluda a Panda y a Jitzu, los perros que viven con él.

Ingresa al picadero, una pista de arena al piso en donde se adiestran los caballos. Mientras Juan Pablo y Valeria galopan, él ubica unas crucetas para enseñarles a los animales que deben saltar por la mitad y no hacia un lado.

“Toda la vida he sabido el riesgo de este deporte”, asegura después de que les indica las instrucciones del ejercicio. La sonrisa y emoción con los que habló de su participación en los Juegos Olímpicos se desvanecieron cuando recordó los accidentes sufridos.

El primero ocurrió cuando tenía once años. Estaba entrenando y el equino se resbaló. Recibió un golpe muy fuerte al caer y quedó inconsciente. Lo llevaron a urgencias. A las tres horas él despertó. No recordaba nada de lo que había sucedido.

Cuando tenía 18 años vivió uno de los momentos más impactantes de su vida. Se encontraba encima de una yegua y estaba a punto de realizar un salto de agua; ella se tropezó y cayó mal. A él no le pasó nada, pero la yegua se desnucó y murió de forma instantánea en la competencia. A Rodrigo se le alcanza a cortar la voz cuando lo relata.

En el año 2002 tuvo otro accidente. El equino se tropezó y le cayó encima. Le fracturó el pie izquierdo en ocho pedazos. No podía apoyarlo durante seis meses, el mismo tiempo en el que no iba a poder entrenar. Realizó fisioterapia y practicó natación. Pero él no aguantó y a los tres meses volvió a montar sin los estribos.

Tuvo otro golpe duro a finales de octubre de 2016. Se fracturó la clavícula en tres partes. Le realizaron una cirugía y duró mes y medio sin montar. Sin embargo, al igual que en 2002, no cumplió con el tiempo de incapacidad y decidió participar en el campeonato nacional. Estaba adolorido, pero quería comprobar que sí era capaz. Suelta la risa y dice: "...Y no me fue tan mal."

Lo que más desea es estar sano para poder practicar equitación por muchos años más. Aunque le teme a sufrir un accidente grave que le impida continuar entrenando, ha aprendido a enfrentar su miedo. Todos los días se impulsa para sentarse arriba, sin importar que exista el riesgo de caer. Siempre fija su atención hacia adelante, allá donde lo espera un nuevo salto para comprobar que si de algo está hecho es de coraje.

Rodrigo acaba de mover las crucetas para cambiar el ejercicio. Les indica nuevas instrucciones y Valeria empieza a galopar. Lleva a cabo el primer salto y tumba una vara. Rodrigo, que la ha estado observando con atención, le dice: "No importa. Piensa ya hacia dónde vas. ¡Galopa! ¡Galopa!".

Él reconoce las emociones de sus compañeros de deporte. Cuando sus caballos están felices hacen el esfuerzo de no tumbar las varas. El propósito es: trabajar en la felicidad de los equinos para lograr que se desprendan del suelo y alcancen la altura suficiente para superar cada obstáculo.

Cada vez que Quincy Boy, Ischa, Coramo, Celesta y Anja hacen algo bien, Rodrigo les da una zanahoria, un pedazo de panela o los acaricia. Los consiente a diario porque está seguro de que ellos sienten ese cariño. Cuando le da un premio solo a uno, los otros cuatro se asoman entre las

rejas y con un relincho le piden que también los tenga en cuenta. Sabe que, si no premia a los otros, se ponen celosos.

La clase continúa. Juan Pablo realiza un salto y Rodrigo le dice que acompañe más suave e intente preparar al animal antes. Vuelve a empezar el ejercicio y sigue los consejos de su profesor. Ahora, logra tener el control y sus saltos se ven más fluidos.

Tan pronto Juan Pablo y Valeria terminan su entrenamiento, se dirigen al establo para guardar los caballos. Ahora es tiempo de que Rodrigo vuelva a montar.

El color claro de Celesta contrasta con el de Quincy Boy, un equino de pelo café oscuro que está próximo a galopar. Héctor acomoda bien la silla y le pone el filete.

Rodrigo acaricia al animal y luego le pide que se mueva un poco para poder ingresar a una pesebrera dentro de la caballeriza. Quincy Boy de inmediato responde a la petición de su jinete: mueve sus patas y se corre hacia la izquierda para darle espacio suficiente.

Camina despacio por la pesebrera. Ahí están todos los elementos que se les ponen a los animales para practicar el deporte. Señala los implementos y menciona algunos de sus nombres: pechero, tacos, cinchas, filetes y petos. Luego abre un armario en donde están las protecciones para las manos y las patas.

Héctor le hace señas para indicarle que Quincy Boy ya está listo. Empieza a regresar los cajones a su puesto y se da cuenta de que Tomy, su gato, acaba de meterse en el mueble. “Venga, don Tomy, Tomy. Donde usted se quede metido allá, ¿qué hacemos?”, le dice. Pero no le hace caso. Le silba y advierte por última vez que va a cerrar el armario. Mueve la puerta despacio y cuando está a punto de cerrarla por completo, Tomy brinca hacia afuera.

Después de asegurarse de que el gato ya esté afuera, agarra bien las riendas y se impulsa para montarse sobre Quincy Boy. Lo lleva hasta el picadero y empieza a hacer un trote levantado, que consiste en sentarse y pararse para que su cuerpo no rebote de forma continua en el dorso del animal.

Quincy Boy está a punto de saltar. Dos varas ubicadas en posición horizontal conforman el obstáculo. Tan pronto lo identifica, levanta las patas delanteras y las lleva hacia su pecho. Extiende el cuello y baja la mirada.

En ese momento, el jinete se levanta de la silla y se inclina hacia adelante juntando su pecho con el cuello del caballo. Parece como si Rodrigo se estuviera escondiendo de alguien, se resguarda detrás del animal.

Al igual que Anja, Quincy Boy tiene una franja blanca en medio de sus ojos. El pelo de su cola es abundante. Cuando regresa a la caballeriza y su jinete se apea se escucha el golpe que hacen los cascos del equino contra el suelo, levantando una de sus patas y bajándola con fuerza para producir el choque.

Ahora se está preparando Coramo, una yegua nueva que va a competir este año. Mientras espera para sentir cómo Rodrigo se monta, ella produce un sonido. “¿Está tosiendo?”, pregunta el jinete y la respuesta de Héctor es afirmativa.

Conoce cada uno de sus ruidos. “Como ellos no hablan es necesario aprender a conocerlos muy bien”, afirma mientras le da unas palmaditas a Coramo para consentirla.

Está pendiente de todo siempre. Les brinda todas las atenciones y cuidados para que los animales también estén en buenas condiciones. Después de que terminan de entrenar o de competir, les pone vendas con hielo para evitar lesiones enfriando la articulación y los tendones.

Ya son las 5:45 de la tarde. Juliana, su novia, acaba de llegar. Parquea su carro y luego baja al establo para empezar a entrenar. Esa también es su pasión. Rodrigo continúa sobre Coramo. Vuelve a trotar a lo largo del picadero y, después de media hora, el animal empieza a sudar. Su cola, negra, se mueve con el viento.

El último turno de galopar le corresponde a Ischa. Héctor la acerca a la entrada de la caballeriza. Ella extiende su cuello largo hacia adelante y luego flexiona la nuca. Parece como si esa fuera la manera de decirle a Rodrigo que ya está lista para recibirlo. Se monta sobre ella y regresa al picadero.

La arena del lugar se alcanza a levantar mientras ellos galopan. Él va en una dirección y ella, en otra. “Gracias a Dios tenemos esta pasión en común porque si a la otra persona no le gusta, la relación no va a funcionar”, dice Rodrigo. Todos los días montan juntos. Les gusta mirar las competencias importantes y comentar los movimientos y saltos de los deportistas.

Dejan de trotar y deciden dirigirse al potrero. Les gusta trabajar los animales no solo en la pista de arena al piso, sino también en una de pasto. Después de subir una loma se ubican en el potrero. Una cerca de madera bordea el espacio. Junto a ellos están Panda y Jitzu, los siguen a donde vayan.

A lo lejos se observan las montañas y un par de casas. Se escuchan pájaros, ladridos y el galope. Nada interrumpe sus movimientos. El sol empieza a esconderse y ahí siguen ellos, manejando las riendas de su felicidad.



Después de veinte minutos vuelven a bajar. Héctor los recibe. Ahora llega el momento tan anhelado de Celesta: el premio para cada uno. Les dan unas palmaditas como caricia. Luego, Juliana coge zanahorias del cultivo y le entrega unas a Rodrigo. Por orden, él las ubica al frente de los hocicos de Ischa, Coramo, Celesta, Quincy Boy y Anja. Ellos, tan pronto las ven, relinchan y abren su boca para atraparlas.

Desde finales del 2016 Rodrigo vive en Yerbabuena, Cundinamarca. La caballeriza ha crecido poco a poco. Su profesión, administración de empresas, le ha permitido dirigir el lugar con eficacia. Al principio ahí solo tenía sus caballos, pero ahora tiene doce: cinco suyos, uno de Juliana y seis de otros dueños.

Al lado del establo hay un camión para transportar a los animales cada vez que van a competir. Rodrigo es quien lo conduce. Con una polea baja la rampa de atrás y empieza a montarlos uno por uno. Adentro hay unas separaciones: están ubicadas de lado a lado para aislarlos y evitar que se peleen.

La madera del camión tiene un caucho que funciona como protector en caso de que ellos empiecen a patear. Para equilibrar el peso, se organizan de forma que la mitad mire hacia un lado y la otra mitad, hacia el otro.

El día está a punto de finalizar. Arriba, junto al potrero, está su casa. Rodrigo y Juliana se quitan las botas antes de entrar y las colocan en un organizador justo a la entrada. El piso es impecable. Nadie ingresa con zapatos.

Junto al organizador hay un escritorio que llama la atención de cualquier persona que ingrese al lugar. Debajo del vidrio del mueble está un collage con fotos de diferentes tamaños. Cada una

trae recuerdos de diferentes competencias como los Juegos Panamericanos en Guadalajara, el Sunshine Tour de España y el Global Champions Tour de Hamburgo.

Frente a ese escritorio hay una pared con tres cuadros que exhiben unos caballos dibujados a mano. Él señala el de la mitad y dice: “Éste es Avec Plaisir, uno de los de mi papá”.

En la sala de su casa, encima de la chimenea, están sus trofeos más importantes. Unos tienen forma de copa y otros de equino. Hay 18 en total. En un cuarto, encima de un armario, otros 19 están organizados en línea recta.

Son las 7:30 de la noche. Rodrigo acaba de finalizar su rutina. Se dispone a escuchar una última pregunta: “¿Vivir cerca de sus caballos, cuidarlos y montar sobre ellos cada vez que quiera eran sus expectativas para la vida?” Permanece callado por unos segundos. Observa a su alrededor y dice: “¡No! Definitivamente, esto es mucho más de lo que yo esperaba”.

Anexo 5: perfil titulado *Con el viento a su favor*

### **Con el viento a su favor**

Él es el único capitán de ese barco. Ahí está Andrey sujetando una cuerda para regular la forma de la vela y extendiendo su torso hacia el agua para aprovechar la furia del viento. No permanece quieto ni un segundo porque cada vez que sube al bote se apodera de su fuerza física para llegar al destino, ese nuevo puerto que lo aguarda.

El agua del embalse de Tominé está en calma. Unas ondas pequeñas se expanden con suavidad. El muelle, que es flotante, está quieto y un grupo de aves sobrevuela el lugar. Pero la quietud

está a tan solo unos minutos de desaparecer: Andrey Quintero ya está preparando su embarcación junto a la orilla.

Retira el forro que protege su barco y lo arroja al pasto. Luego sujeta la vela y la desenrolla sobre el suelo. Mide cuatro metros y tiene la misma forma de una aleta de tiburón. Es blanca y está hecha con dacrón, una fibra sintética de poliéster. En la medida en que la extiende, empieza a aparecer la bandera de Colombia.

La levanta del césped y comienza a introducir en ella el mástil, de igual manera en que se arma una bandera. Lo inserta en un orificio del barco y el viento, de inmediato, agita la vela. Realiza unos nudos en los cabos con los que va a maniobrar y acomoda el timón.

Mientras Andrey prepara su barco, parece un niño armando un rompecabezas que ya se aprendió de memoria. No olvida ningún paso. Conoce cada pieza, está seguro del orden, sabe en qué momento acomodarlas y en qué parte de la embarcación encajarlas. No falla en la rutina, finaliza su dinámica después de quince minutos.

Las llantas del tráiler se deslizan sobre la arena para facilitar el desplazamiento del velero. Cuando Andrey llega con el barco al borde del embalse, retira el tráiler. Lo deja justo ahí, ya no es necesario utilizarlo porque ahora la parte de abajo del bote está a punto de tener contacto directo con el agua.

Se quita los tenis, talla 43, y los acomoda junto a otro velero. Agacha su cuerpo, extiende los brazos y empuja el bote. Cuando empieza a deslizarse, utiliza las rodillas y las manos para apoyarse en el casco, la parte flotante de su embarcación.

Sus pies están por fuera del casco. Acaricia el agua con los dedos y se forman unas ondas. Permanece en esa postura mientras se aleja del puerto. La calma que había en el embalse desaparece.

El barco es *láser*, una de las modalidades olímpicas. El casco es de color blanco y parece una lancha. Logra un peso de 76 kilos cuando el mástil y la vela se ajustan en él. Tan pronto está listo para ir al agua puede alcanzar la misma altura de un poste de luz.

Andrey no necesita de ningún motor para navegar. Él juega con su intuición para impulsar el barco. Desde los siete años ha desarrollado sus habilidades para entender cómo funcionan los cambios climáticos. Se apropia de vientos, olas, lluvia y sol porque son ellos son los que han alimentado en él la pericia con la que lleva a cabo cada recorrido.

La llegada de unos alemanes a Colombia convirtió a Andrey en el capitán que es ahora. Por influencia de ellos, sus preocupaciones cambiaron. El niño que se entretenía en las tardes con un partido de fútbol, con carreras en una pista de atletismo y con los juegos que organizaban sus amigos comenzó a enfrentar la vida de una manera distinta, desde el sosiego del agua de un lago y desde la las olas de los océanos.

La familia de extranjeros construyó una cabaña grande frente al embalse de Tominé. Ese era su refugio cada vez que venían a Colombia a pasar el invierno europeo. Conocieron al padre de Andrey, quien se ofreció a cuidarles el lugar mientras no estuvieran acá.

Navegar era la pasión de ellos, así que no tardaron en explicarles su gusto a otras personas y en mostrarles el significado de estar a bordo de una vela. Andrey fue el primer puerto al que llegó la intención de los alemanes de enseñarle a alguien más cómo se adquiere el coraje necesario para zarpar.

Él aún tiene en su mente ese primer día a bordo con los extranjeros. La orilla desde donde ahora zarpa sin compañía es el mismo lugar en el que partió por primera vez junto a los alemanes. A diario, desde su casa, observaba cómo la fuerza del viento hacía mover las embarcaciones en el embalse de Tominé. Pero ese día desde el velero pudo sentir, y no solo ver, el efecto de las condiciones climáticas sobre el bote y las reacciones de su timonel.

En esa ocasión no era el capitán, sino un tripulante más. No entendía nada de lo que estaba sucediendo. Para él esa primera experiencia fue un paseo a lo largo del embalse, no tenía la responsabilidad de ser intuitivo para llevar el barco hasta su destino. No sabía por qué el alemán se movía de un lado a otro en la embarcación. Andrey solo acercaba sus manos al agua para rozarla de vez en cuando.

Cuando la furia de una ola golpeaba el barco y le hacía perder el equilibrio, de repente una imagen llegaba a la mente de Andrey. Se veía a sí mismo debajo del bote, atrapado en el agua y sin posibilidad de volver a salir con rapidez. Mientras estaba aprendiendo a navegar ese temor también iba a bordo, junto a él.

Ahora, él zarpa más rápido que sus miedos. Cuando se sube al bote y se aferra al timón y a la escota, la cuerda con la que controla la abertura de la vela, parece un boxeador que está dispuesto a dejar la vida en el ring; pero al mismo tiempo, se comporta como un ajedrecista: utiliza la inteligencia y la sagacidad para ganar la partida.

Tan pronto Andrey se aleja de la orilla, se acomoda bien en el bote. Los dedos de sus pies dejan de acariciar el agua. Ya no se apoya con rodillas y manos, sino que se sienta en el borde de la embarcación. Con la mano izquierda sujeta el timón y con la derecha, la escota. El viento

comienza a soplar y el capitán ya sabe lo que debe hacer. Estira la cuerda contra su pecho y la vela se extiende en su totalidad, sin dejar a la vista una sola arruga.

Los alemanes todos los días subían a Andrey a una embarcación *sunfish*. Y él, con tan solo 30 kilos, maniobraba ese bote que en realidad estaba diseñado para personas de 72 kilos. Era pesado y la vela era grande. Él navegaba sin saber que ni su peso ni su edad eran óptimos para dirigir ese barco.

Al principio tenía compañía a bordo, pero después de unos días lo enviaban solo a recorrer el embalse. Cuando Andrey veía llegar a los alemanes ya sabía lo que le esperaba, acercarse de nuevo al puerto para maniobrar ese bote grande al que le temía.

Las primeras aventuras no las disfrutó. Le tenía pánico a caerse. No entendía por qué el viento soplaba en una dirección y después de unos minutos, en otra. Tampoco sabía cómo aprovechar el peso de su cuerpo para aumentar la velocidad. En esos primeros días, antes de zarpar se aseguraba de llevar puesto un casco porque esa era una de las formas como se sentía protegido.

Los alemanes le pedían que hiciera unos ejercicios al finalizar cada entrenamiento. Él escribía lo que había sentido y dibujaba su embarcación. Recuerda en especial otra de las peticiones de ellos, pintar una cara para expresar qué tan contento estaba. Cuando era el momento de realizar ese ejercicio, él ya tenía en mente cómo la iba a trazar. Dibujaba los ojos sobre una servilleta y, junto a ellos, delineaba unas lágrimas. Así era como él se sentía cada vez que debía enfrentar la vida desde el agua.

Los fines de semana, un grupo de niños de la edad de Andrey llegaba al embalse para navegar. Ni sus papás ni los alemanes dejaban que él se acercara al puerto. Le pedían que fuera a jugar fútbol con sus amigos para distraerlo.

Por ningún motivo él podía ver el tamaño de los barcos, llamados *optimist*, que conducen los niños. La vela y el casco eran más pequeños. Así que Andrey navegaba con la frustración de pensar que todas las embarcaciones eran como ese monstruo *sunfish*, que no lo dejaba tranquilo y con el cual tenía que lidiar entre semana.

Pero esa era la estrategia de los extranjeros y de sus papás. Querían que él primero aprendiera a analizar con prudencia, desde un barco grande, las situaciones que se le presentaran. Debía enfrentar sus miedos: un viento que no esperaba; una ola aproximándose hacia él; el desequilibrio de la embarcación; el roce de su cuerpo con el agua; y los movimientos de la botavara, el tubo horizontal que fija el pujamen de la vela y se mueve de acuerdo con la dirección del viento.

Y la estrategia funcionó. Así como el sol empieza a asomarse luego de una fuerte tormenta, Andrey después de seis meses por fin supo lo que significa disfrutar la navegación. Un día bajó al puerto y vio un bote pequeño de madera parqueado ahí, justo en donde las ondas del embalse chocan contra el pasto. Era una sorpresa que, con mucho esfuerzo, sus papás le tenían. Ese barco, *optimist*, ya estaba listo para recibir a su nuevo capitán. En la nueva embarcación se movía de un lado a otro, extendía y recogía la vela, apretaba su puño para agarrar bien la escota, maniobraba el timón sin necesidad de mirarlo y esquivaba los movimientos bruscos de la botavara agachando su cuerpo.

Ahora Andrey, a sus 31 años, navega anticipando los movimientos. Piensa con cautela para salir bien librado de cada situación. Mueve sus fichas al igual que un ajedrecista para lograr el jaque mate, la llegada al final de su recorrido.

El día no está soleado. El capitán ya sabía cómo iba a funcionar el clima horas antes de abandonar la orilla. “En este deporte uno se vuelve más experto que una persona del IDEAM”,

dice. Extiende su mano derecha y mientras señala una nube que se alcanzaba a ver a lo lejos asegura: “Esa nube de allá va a traer viento.”

Está lloviznando sobre el embalse. Agarra bien la escota y luego la jala. La vela se agita y el barco empieza a voltearse hacia la izquierda. Tan pronto la embarcación está a punto de volcarse, Andrey agacha su cuerpo y pasa por debajo de la botavara. Llega al lado derecho del bote y se sienta con fuerza en ese extremo para retomar el equilibrio.

Observa hacia dónde apuntan otros veleros que están quietos sobre el agua. Fija su mirada en ellos para reconocer la dirección del viento. En cuanto identifica las corrientes de aire, mueve el timón y cuadra el bote mirando hacia el norte. La embarcación se acomoda a 45 grados de la dirección de la brisa.

Quince minutos después los botes ya no están apuntando hacia el norte, sino hacia el sur. La dirección del viento cambió. Pero gracias a que Andrey había identificado esa nube a lo lejos, pudo aprovechar su intuición para anticipar los movimientos. A penas siente el cambio en la orientación del aire, estira con rapidez la escota. Observa la vela y mira cómo la botavara vuelve a moverse hacia él.

En esta ocasión, el barco empieza a inclinarse hacia el lado derecho. Él suelta el timón, agacha la cabeza para esquivar la botavara y se sienta con furia en el otro extremo de la embarcación para volverlo a estabilizar. La velocidad de su navegación ahora es mayor. Cuando alcanza 60 kilómetros por hora, la parte delantera del barco alcanza a desprenderse del agua.

Cada vez que él tiene una competencia llega cuatro días antes al lugar. Con lápiz y papel a la mano, se convierte en un meteorólogo. Anota a qué hora empieza a ventear, la presión atmosférica y el aumento o disminución de la temperatura y la humedad. Registra el momento



exacto en que ocurren esos cambios con el propósito de que ellos no jueguen con él, sino más bien que él juegue con ellos. Esa es la manera como se asegura de que la astucia del ajedrecista para anticipar los movimientos también navegue junto a él.

“Navegar es una relación perfecta con la cotidianidad: nunca voy a tener las mismas olas, ni el mismo viento ni los mismos contrincantes. El escenario nunca va a ser igual. El propósito es adaptarse a los cambios para sacarles provecho”, dice. Así es como él maniobra la embarcación, pensando con cautela cómo aprovechar los vientos en contra, las olas altas o bajas y los cambios repentinos del clima.

El aire continúa haciendo lo suyo, soplando bien la vela para impulsar el barco; y él sigue aprovechándolo. El torso y la cabeza están por fuera del velero. Andrey empieza a tomar una postura horizontal, paralela al agua, como si quisiera recostarse sobre ella.

El timón se conecta a una caña, un tubo delgado. El capitán lo lleva hacia su pecho y no lo suelta mientras permanece con el torso por fuera. Con la otra mano, la izquierda, estira y suelta la escota. Acomoda sus piernas en un desnivel que hay en centro del casco de la embarcación.

Cuando está en esa postura, con el torso y la cabeza por fuera, junta bien sus rodillas y las aprieta. Las gotas de agua salpican su chaleco salvavidas y su traje de neopreno, el mismo que utiliza un buceador. Los nudillos de sus manos se ven con claridad mientras presiona la escota. Frunce el ceño y se forman tres arrugas en su frente, una encima de la otra.

Sus piernas son largas. Su estatura, de 1.87 metros, le permite tener el control con mayor facilidad. Sube y baja sus brazos para ajustar los cabos y manejar el timón. Aprovecha su altura para convertir su cuerpo en una fuerza opuesta a la energía del viento, con el propósito de que el aire no tumbe el barco.

Él creció 23 centímetros más de lo que debía. Cuando apenas estaba aprendiendo a navegar, tenía problemas para crecer. Y para este deporte, el capitán no debe ser ni bajito ni liviano. Quería mejorar su rendimiento aumentando su estatura. Recuerda las terapias, aquellas en las que unos médicos le ataban los brazos a un tubo para dejar el resto de su cuerpo suspendido en el aire. Permanecía en esa posición y le ponían peso en los pies para estirar sus músculos.

Aun así, al estilo Lionel Messi, Andrey Quintero demostraba a los siete años que no necesitaba ser tan alto para convertirse en un gigante. A pesar de que sus condiciones físicas no eran óptimas para tomar el riesgo de zarpar, todos los días se alejaba del puerto, siempre con sus temores a bordo para enfrentarlos.

El día todavía está gris en el embalse de Tominé. Se alcanza a ver cómo la neblina empieza a bajar por las montañas. Ya dejó de lloviznar, Andrey sabe que la corriente de aire está próxima a cambiar de dirección otra vez.

Levanta su mirada y observa los catavientos, dos hilos rojos que se encuentran a cada lado de la vela. Ellos se mueven dependiendo de la posición del viento. Empiezan a agitarse hacia el oriente. En seguida el capitán estira la escota y la vela se extiende en su totalidad. La embarcación realiza una maniobra hacia la izquierda y, de nuevo, se inclina de forma brusca hacia ese lado. Andrey esquivo la botavara y realiza el contrapeso en el otro extremo.

Cuando él contrarresta la energía del viento, acercando su espalda al agua, apoya sus pies contra una banda elástica que va de lado a lado en el desnivel del centro del velero. Por lo general, no utiliza ningún tipo de zapatos o de protección en los pies mientras navega. A él le gusta estar descalzo, porque así siente mayor conexión con el barco.

Si algo no está funcionando como él quiere establece otro vínculo con el bote, y no es precisamente a través de sus pies. Pronuncia unas frases para motivar a su cómplice de aventura. Con la convicción de que lo escucha, lo anima con sus palabras. “¡Vamos, vamos! Tú puedes”, le dice a la embarcación.

Cada vez que Andrey mueve sus manos para extender o soltar la escota, se alcanzan a ver dos tatuajes en sus muñecas. Son idénticos: dos veleros que navegan sobre los aros de los Juegos Olímpicos.

La participación en las olimpiadas de Londres hizo de Andrey un capitán más seguro de sus capacidades. Las regatas, carreras entre embarcaciones, duraron seis días. Él no solo puso a prueba la fuerza física, sino también emocional. Alcanzaba a estar siete horas a diario en el agua, maniobrando el bote con astucia para que los otros barcos no le quitaran su posición

Observaba las boyas, unos elementos flotantes que establecen el recorrido que debe realizar el deportista, y navegaba como si jamás hubiera sentido miedo de hacerlo. Para él, los Juegos Olímpicos han sido uno de los puertos que más lo han motivado para tomar la decisión de zarpar.

Así como él ha aprendido a jugar con su vista para anticipar los movimientos, también se ha vuelto más sensible frente a los ruidos que realizan algunos elementos del barco. Escucha cómo relincha la botavara y de inmediato la observa porque sabe que se va a mover. Reconoce el sonido que produce la extensión de la escota y ya tiene una idea de lo que va a suceder con la vela, se va a estirar.

Andrey no solo está pendiente de las condiciones climáticas y del bote. También tiene en la mira a sus contrincantes. En la parte inferior de la vela hay una ventana y tiene la forma de un trapecio. Sabe lo que está pasando a su alrededor. Si a lo lejos identifica a algún otro capitán

acercándose, enseguida saca a flote la sagacidad. Maniobra la escota y el timón para que no le gane su posición.

Después de haber aprovechado los cambios de la dirección del viento y las ondas pequeñas del embalse, Andrey termina su recorrido y vuelve a acercarse a la orilla. Tan pronto llega a ella, se baja y luego arrastra la embarcación hasta el tráiler.

Retira el mástil del bote y lo ubica sobre el césped. Quita la vela y la vuelve a enrollar. Recoge los cabos y los dobla a la perfección, formando círculos con cada uno.

Sube el velero al tráiler para limpiarlo. “Hay gente que navega con el barco sucio y descuidado. Yo no podría. Tiene que estar limpio para que yo pueda subirme a él... Y eso también me lo inculcaron los alemanes”, asegura mientras recoge en el muelle un balde que contiene jabón y un cepillo. Esparce el detergente a lo largo del casco y después desliza el cepillo para perfeccionar el aseo.

El barco está impecable, como si no lo hubiera utilizado. Vuelve a ubicar el forro para protegerlo. Deja ahí la embarcación, junto al muelle, y coge sus tenis. No se los pone porque así como disfruta estar descalzo cuando navega, le gusta caminar sin zapatos para tener contacto con la naturaleza. El barro y trozos pequeños del pasto se adhieren con facilidad a las plantas de sus pies porque están mojadas.

La dirección de las nubes, del aire, del sol y de las olas se ha vuelto su mejor aliada. Andrey Quintero ya no siente temor. Todo el tiempo se encuentra navegando, incluso cuando está por fuera del agua... porque para él de eso se trata la vida: un buen capitán no lucha contra el viento, sería inútil; más bien se vale de él para llegar a donde quiere, a ese puerto en donde están flotando sus sueños.

